

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Vidas por neutrones

La agente Baby tenía que impedir que los rusos consiguieran los datos secretos sobre el último y más criminal ingenio mortal concebido por los humanos: una bomba de neutrones, que se «limitaba» a eliminar la vida, pero que respetaba las cosas; una bomba que solo causaba destrucción en los seres humanos, pero no en sus propiedades y bienes. es decir, que se podía matar a todos los habitantes de un país o región, pero, eso sí, «respetando» la integridad sus riquezas, de modo que el «vencedor» se quedaba con sus edificios, sus armas, sus minas, sus tesoros de toda clase… los rusos querían a toda costa esa bomba, y para ello pusieron en marcha un maquiavélico e implacable plan que consistía en cambiar «vidas por neutrones».



Lou Carrigan

Vidas por neutrones

Brigitte en acción - 313

ePub r1.0

Titivillus 01-09-2019

Lou Carrigan, 1981
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Una vez más desde que fuera nombrado jefe del Grupo de Acción de la CIA, Mr. Cavanagh pudo ver, desde la ventana de su despacho en la Central de Langley, la llegada del mejor y más indiscutido elemento de su Grupo; que no era un hombre, sino una mujer.

A través del cristal, observó el helicóptero mientras se posaba sobre el césped, y, a los pocos segundos, el elegante y ágil cuerpo femenino que saltaba del aparato… Y una vez más, Mr. Cavanagh tuvo aquella sensación cálida, dulce, y, a la vez, como de remordimientos.

Cálida y dulce porque él amaba a su agente número uno. No con un amor físico, no con un amor de hombre, de sexo, sino con un amor emocional, mucho más sincero y duradero. La amaba porque ella le había salvado la vida hacía ya mucho tiempo, en Buenos Aires, cuando él era solo uno de tantos agentes de la CIA que se jugaban la vida por el mundo. La amaba todavía más, precisamente por el hecho de que ella era capaz de amar. En una persona que se dedicaba al espionaje, esta capacidad de amar que ella tenía era admirable, casi increíble.

Pero así era ella, Brigitte Montfort, agente cuyo número clave N. Y. 7117 constaba en los ficheros de la CIA inscrito con letras de oro. Lo había escrito ella misma, con su valor, con su integridad, con el amor que le profesaban todos los agentes de la CIA del mundo entero como justa correspondencia al amor que ella les otorgaba. La más grande ambición profesional de cualquier agente de la CIA era poder llegar algún día a colaborar con la agente N. Y. 7117, es decir, con «*Baby*», nombre con el que era conocida en todos los servicios de espionaje…

Todos los que habían arriesgado su vida junto a ella no se cansaban de repetir la sensación cálida y dulce que experimentaban hacia la espía. Y Cavanagh podía comprender esto perfectamente,

pues era lo mismo que sentía él hacia Brigitte Montfort.

Lo que sintió al verla saltar del helicóptero, al aire sus largos cabellos negros suavemente ondulados, luminoso su rostro dorado de sol, grandiosos sus inteligentes ojos color azul cielo.

Y remordimiento… Remordimiento porque Cavanagh no podía dejar de sentirlo cada vez que enviaba a Brigitte a una misión. Lo peor que puede hacer un espía es prolongar demasiado tiempo sus actividades como tal. Eso no solo implica el lógico riesgo de, finalmente, ser identificado, sino que va desmoronando, a veces incluso muy rápidamente, la entereza del agente. La sensación continua de peligro, de temerse observado, de estar bajo el punto de mira de otros espías, va destrozando los nervios a cualquier espía profesional de cierta categoría. Y finalmente, se derrumban. Incluso los más importantes, como había ocurrido hacía ya años con Gran Khan [4]. Aquello había sido horrible…

Pero no parecía que esto pudiese suceder con Brigitte Montfort. Año tras año, misión tras misión, su entereza de ánimo se iba sobreponiendo a todos los peligros, y, todavía más meritorio, a todas las suciedades que había ido conociendo.

Pero… ¿cuánto tiempo más aguantaría Brigitte? ¿No estaba, quizá, sobrepasando su resistencia, de modo que aunque exteriormente pareciese fresca y dispuesta a todo estuviese ya aniquilada por dentro?

Y esta era la causa de los remordimientos de Mr. Cavanagh en las últimas veces que recurría a la espía más audaz, inteligente, valerosa… y peligrosa del mundo: ¿cuánto tiempo más aguantaría Brigitte? ¿O quizá ya estaba derrumbada interiormente, pero ella se las arreglaba para que nadie se diese cuenta…?

Si el asunto hubiese sido cualquier otro, Cavanagh no habría llamado a *Baby* para que lo atendiese. Pero sucedía que, con demasiada frecuencia, por diversas circunstancias, parecía que solo ella podía atender tal o cual caso. Y la llamaba. Y la volvía a llamar una y otra vez.

Y ella acudía. Siempre acudía.

La veía ahora caminando sobre el césped, llevando en la mano izquierda el maletín, que, aunque Cavanagh no podía distinguir bien en la distancia, sabía que era de fondo rojo, con florecillas azules estampadas. Él había llamado a la agente *Baby* y ella acudía,

con su maletín lleno de trucos, dispuesta a todo. A todo, cono siempre…

Cuando sonó la llamada a la puerta de su despacho, Cavanagh había perdido la noción del tiempo. Y de todo. Simplemente, se había quedado ante la ventana como ensimismado, ausente. Pero el leve zumbido le hizo reaccionar. Emitió un suspiro, se volvió, y, en lugar de ir a sentarse tras su mesa y apretar el botón que abría electrónicamente la puerta, fue personalmente a abrir.

La presencia de Brigitte ante él pareció disipar todos los pensamientos sombríos, todas las preocupaciones. Tan solo viendo los grandiosos, hermosísimos ojos azules, Cavanagh sintió que respiraba mejor; y, al ver la dulce sonrisa en los sonrosados labios de la divina espía, no tuvo más remedio que sonreír a su vez.

—Buenos días, señor —saludó Brigitte.

—Buenos días, Brigitte.

Se apartó. Cuando hubo cerrado la puerta, tendió la mano a Brigitte, que la aceptó, sonriendo con cierta extrañeza, pues últimamente Cavanagh, como los más íntimos amigos de Brigitte, se habían acostumbrado a que ella los saludase con un beso. Si tendía la mano, interponiendo el brazo entre ambos, era que no quería el beso. Y, al comprender esto, Brigitte se echó a reír.

—¿Cree no merecerlo? —preguntó.

—¿Qué? —se desconcertó Cavanagh.

—Le pregunto si cree no merecer el beso porque va a enviarme de nuevo a alguna misión peligrosa…, y eso le remuerde la conciencia.

Esta era otra cuestión: la penetración de Brigitte, su poder de comprensión, casi de adivinación, la facilidad con que captaba los estados emocionales de los demás.

—¿Qué tonterías dice? —Farfulló Cavanagh—. Mi conciencia no tiene por qué molestarme; a fin de cuentas, cada vez que usted acepta un trabajo, lo hace voluntariamente. Nadie la obliga, ¿verdad?

—Verdad —casi rio Brigitte—. Vamos, deje de preocuparse, y sea tan amable de poner buena cara. A menos que me esté equivocando y resulte que usted está enfadado conmigo porque he hecho algo… que no debía hacer.

—Ah, no —saltó Cavanagh—… ¡Claro que no es eso!

—Entonces, sonría —Brigitte alzó graciosamente una mano, haciendo gestos—… Sonría, va a salir el pajarito… ¡Sonría!

Cavanagh no tuvo más remedio que sonreír. En realidad, casi rio.

—Está bien —tuvo que aceptar—… Si usted no se preocupa ¿por qué tengo que preocuparme yo?

—Esa es una inteligente actitud mental: no preocuparse. ¿Nos sentamos?

Brigitte se sentó frente a la mesa de Cavanagh, que la rodeó y fue a ocupar su sillón. Cuando se hubo acomodado, miró a Brigitte, que estaba encendiendo un cigarrillo.

—Hemos capturado a una mujer… Una agente de la MVD.

Brigitte lo miró interesada a través del humo.

—¿Una espía rusa? ¡Vaya…! ¿Qué maldad había perpetrado esa siniestra representante del no menos siniestro servicio secreto soviético?

Cavanagh frunció el ceño. No solo había captado el tono humorístico en las palabras de Brigitte, sino que sabía que esta consideraba a la CIA no menos siniestra que a la MVD. En realidad, considerando la opinión que Brigitte tenía de la CIA resultaba asombroso que todavía quisiera colaborar con esta. Cavanagh solo podía explicarse esto como patriotismo a toda costa. Es decir, a toda costa, no, porque en varias ocasiones, *Baby* se había negado a colaborar con la CIA. Y con razón, desde luego…

—Todavía no había hecho nada —replicó—. Pero no creo que haya entrado clandestinamente en Estados Unidos para cantar villancicos.

—Lógico, teniendo en cuenta que todavía falta bastante para Navidad. ¿Han conseguido sacarle alguna información?

—No demasiada…, pero creemos que suficiente. ¿Quiere ver unas fotografías de nuestra prisionera?

Diciendo esto, Cavanagh tendió a Brigitte un sobre que había reposado sobre la mesa ante él.

La espía sacó del sobre varias fotografías, y, nada más mirar la primera, alzó rápidamente la mirada hacia Cavanagh.

—Zambomba, como diría Frankie —exclamó—… ¡Es preciosa!

—Sí, lo es, sin duda alguna —gruñó Cavanagh.

Brigitte dedicó de nuevo su atención a la fotografía de la agente

rusa. Parecía tener alrededor de veinticinco años, tenía los ojos verdes, el cabello color ceniza, la boca bien dibujada… Cuando pasó a las siguientes fotografías, pudo verla desde otros perfiles, y de cuerpo entero. Sí, era preciosa.

Guardó las fotografías en el sobre, y devolvió este a Cavanagh, que dijo:

—Su nombre, al menos el que ha confesado, es Karina Kitcharian; pero entró en el país con el nombre de Susan Palmer, utilizando pasaporte canadiense.

—¿Un pasaporte mal falsificado?

—No, no… Un pasaporte perfecto.

—Entonces… ¿cómo la detectaron?

—La delataron.

—¿La delataron? ¿Quiénes?

—Uno de nuestros hombres en Niágara recibió una llamada telefónica.

—¿Anónima?

—Bueno, no exactamente, pero podríamos considerarla así, ya que no conocemos al hombre que la hizo. Su nombre es Igor Vanikian.

Brigitte entornó los párpados y ladeó la cabeza.

—¿Otro ruso? —musitó.

—Sí. Llamó a nuestro hombre, y le dijo que una agente de la MVD de reciente titulación en la escuela rusa de Kichino iba a entrar en Estados Unidos con pasaporte canadiense a nombre de Susan Palmer, y que traía una misión de gran importancia.

—¿Qué misión?

—No la dijo. No la sabía con exactitud.

—Pero la muchacha sí debe de saberla. ¿Qué ha dicho ella?

—No la sabe tampoco con exactitud. La hemos… presionado adecuadamente, y tenemos la certeza de que la rusa no miente. Tenía que llegar a Miami, y allá recibir instrucciones. Parece ser que el fondo de la cuestión está en un microfilme.

—¡Oh, no! ¡Otro microfilme, no!

—Así están las cosas. Hemos interpretado que Susan Palmer, o sea la Kitcharian, tenía que presentarse en determinado lugar, hacer contacto, y seguir determinadas instrucciones para, finalmente, recibir un microfilme cuyo contenido desconoce, pero que, al

parecer, proviene de un norteamericano.

—¿Un traidor nuestro?

—Evidentemente, si nos atenemos a los datos que hemos reunido hasta el momento.

—Es decir, que ese ruso llamado Igor Vanikian nos sirve en bandeja a una colega suya recién salida de Kichino, y a un traidor que piensa entregarle a la muchacha un microfilme.

—Así es.

—¿A cambio de qué? ¿Qué pide Vanikian?

—Dinero. Quinientos mil dólares.

Brigitte volvió a entornar los párpados, y estuvo así unos segundos. Por fin, movió la cabeza.

—No me gusta esto.

—Es un negocio corriente: agentes que delatan a otros por dinero. Usted y yo sabemos que existen esta clase de… personas.

—No me gusta —insistió la divina espía—… ¡No me gusta!

—La verdad es que a mí tampoco —sonrió secamente Cavanagh—. Pero en Dirección han pensado que sería interesante saber quién es el traidor que tenía que entregarle un microfilme a Karina Kitcharian…, y cuál es el contenido de ese microfilme.

—Sí, ya sé que sería interesante saber por qué están interesados los rusos, qué les ha llamado la atención. Y sería interesante atrapar al traidor. Pero no me gusta. ¿En Miami, dice usted? A mí me parece fantástico que una agente rusa que tiene que hacer contacto en Miami entre en Estados Unidos por la frontera canadiense; habría tenido que cruzar todo el país, de norte a sur. La cosa tendría más lógico si ya hubiese llegado directamente a Miami… procedente de Cuba, por ejemplo. Era mucho menos arriesgado, ¿no?

—Sí. Ya hemos pensado en ello. Pero el hecho cierto es que Karina Kitcharian ha entrado por Niágara, y que tenemos en Estados Unidos un traidor que debía entregarle un microfilme cuyo contenido tenemos la certeza de que será muy importante. Por lo tanto, nos gustaría saber quién es el traidor que acudirá a Miami para hacer contacto con Karina Kitcharian, y qué contiene el microfilme.

Brigitte quedó pensativa. Por fin, inquirió:

—¿Dónde está Igor Vanikian?

—No lo sabemos. Dijo que volvería a ponerse en contacto con nuestro hombre de Niágara dentro de unos días, para concertar la forma y el lugar del pago de su informe.

—O sea, que él está convencido de que le vamos a pagar.

—Es un hombre de mucha fe —sonrió de nuevo secamente Cavanagh.

—O de muy mala… uva —replicó vivamente Brigitte—. Si conoce a uno de nuestros muchachos en Niágara, seguramente conoce a más… Y si no le pagamos, puede dedicarse a asesinarlos, como venganza.

—También hemos pensado en ello —asintió Cavanagh, mirando con admirada expectación a Brigitte—. ¿Qué más se le ocurre a usted?

—Se me ocurre que quizás Igor Vanikian también ha pensado en ello. Y posiblemente también ha pensado que, para evitar que nos asesinen a nuestros hombres de Niágara, los… retiremos. Con lo que esa zona quedaría mal atendida, ya que aunque enviásemos sustitutos, estos tardarían unos días en dominar la zona tan bien como lo están haciendo los actuales agentes.

—Quizá somos demasiado retorcidos, ¿no le parece?

—Quizá. ¿Está sucediendo o va a suceder algo importante en la zona de Niágara?

—Que nosotros sepamos, no.

—No me gusta… ¡No me gusta! En cuanto a los muchachos que tenemos en esa zona…

—Ya han sido retirados y cambiados —sonrió Cavanagh—, de modo que no debe preocuparse por sus Simones: están a salvo. Además, hemos reforzado la zona de modo… especial. Por ese lado no debe preocuparse, Brigitte, se lo aseguro. Estamos preparados para afrontar cualquier circunstancia que surja en la zona de Niágara.

—¿No hay modo de localizar a Igor Vanikian?

—Está claro que no sabremos nada de él hasta dentro de unos días, cuando él calcule que hemos aprovechado sus informes.

—Pero si dejamos allá al Simón que atendió su llamada…

—Ha sido retirado. Y el teléfono, si bien conservando el mismo número, ha sido cambiado de lugar. Otro de nuestros hombres está en ese lugar esperando las llamadas de Igor Vanikian. Ya le he

dicho que esa parte está debidamente atendida. Ahora, queremos ocuparnos de la labor que debía realizar Karina Kitcharian en Miami.

—Y para ello, han pensado que yo vaya allá ocupando el lugar de esa muchacha rusa.

—Sabía que lo adivinaría. En efecto, de eso se trata. Solo tiene usted que teñirse el cabello de color platino ceniza, ponerse unas lentillas de color verde, alterar un poco su rostro con maquillaje y rellenos…, y posar para nuestro fotógrafo, que le facilitará un magnífico pasaporte canadiense a nombre de Susan Palmer. Por otra parte, considerando que estará usted en territorio nacional, no tendría nada que temer en ese sentido. Además, iría bien preparada —Cavanagh empujó hacia Brigitte una carpeta llena de papeles, sobre la cual había un pequeño magnetófono—… Tenemos toda la información que le hemos sacado a la rusa, y hemos grabado su voz, para que usted la escuche. Hemos conversado con ella no solo en inglés, sino en ruso…, idioma con el que usted nunca ha tenido problemas.

Brigitte se quedó mirando la carpeta. Luego, sacó algunos de los folios mecanografiados, y les echó un vistazo.

—Pienso que quizá tendría tiempo de leer todo eso en el avión que la está esperando para trasladarla a Miami —dijo Cavanagh—. El equipaje que traía Karina Kitcharian ya está esperándola en ese avión. Estoy seguro de que las cosas de ella le estarán bien a usted.

—¿Y por qué tanta prisa? —Frunció el ceño Brigitte.

Cavanagh sonrió de nuevo, pero ahora no secamente, sino con cierta preocupación.

—Sucede que el contacto de Karina Kitcharian con nuestro traidor debe realizarse esta noche, en un bar de Miami Beach. Digamos que hemos obtenido toda la información justo a tiempo…, si es que usted quiere ir allá.

—Pero tengo que hacerme las fotografías, teñirme el pelo…

—Todo está preparado para ello en el avión. Llegará usted a Miami preparada, bien informada, y con tiempo para ocupar tranquilamente el lugar de Karina Kitcharian.

—¿Y si no acepto?

Cavanagh habría lanzado un grito de alegría de buena gana, pero se contuvo. La posibilidad de que, esta vez, Brigitte no

arriesgase su vida, le parecía maravillosa, pero…

—Personalmente, me alegraría —murmuró—. Pero…

—¿Pero…?

—Estoy seguro de que usted también ha pensado que si ese traidor no hace contacto con la Kitcharian, se asustará. Un hombre asustado puede cometer muchas tonterías, ciertamente, pero no la de entregarse. La lógica indica que consultaría con sus enlaces informando de la incomparecencia de Karina Kitcharian, y todo comenzaría a complicarse. De toda esa complicación, podemos temer dos cosas. Una, que el traidor seguiría siendo desconocido por nosotros. Dos, que pese a las dificultades que pudiera acarrearle el contratiempo de su contacto, se las arreglaría para, de todos modos, poner el microfilme en manos de los rusos. Evidentemente, puesto que han recurrido a una agente desconocida, recién salida de Kichino, tanto los rusos como nuestro traidor están trabajando con gran cautela, evitando acercarse unos a otros. Ello puede ser debido, posiblemente, a que nuestro traidor es un hombre demasiado conocido para arriesgarse a ser visto con alguien que, o bien ya estuviese identificado como agente ruso, o pudiese ser identificado como tal en el futuro. Por eso, han enviado a una agente nueva en el medio, que, sin duda, recibirá instrucciones para que su contacto con nuestro traidor pase desapercibido.

—Está bien. Pero estamos olvidando algo, señor: si nuestro traidor quiere entregar un microfilme a los rusos, ¿por qué se complica tanto la vida? Le bastaría enviarlo por correo, y no a Rusia, claro: lo podría enviar a cualquier persona que también estuviese en Miami.

—En efecto. Pero supongo que nuestro traidor no está seguro de que sería correspondido con la misma gentileza, y que a vuelta de correo recibirá un cheque. La idea de que los rusos se quedaran el microfilme y luego se partieran de risa por la ingenuidad de nuestro traidor no creo que le parezca a usted descabellada.

—Desde luego que no —sonrió Brigitte—. O sea, que cuando él entregue el microfilme, recibirá un cheque, de manos de la rusa. ¿Tenemos ese cheque?

—No. Ni siquiera la Kitcharian sabe nada de él. Es una suposición nuestra, basándonos en que, tal como están enfocadas las cosas, parece evidente que nuestro traidor solo entregará el

microfilme en propia mano… y a cambio de su paga.

—Entonces, quizá la Kitcharian reciba el cheque cuando esté en Miami.

—Quizá. Ya le digo que es una suposición nuestra. De otro modo no nos explicaríamos que, tal como usted ha dicho, nuestro traidor no hubiese enviado el microfilme por correo, o por cualquier otro de los miles de medios que existen. Él quiere el dinero en el momento de entregar el microfilme, eso es todo.

—Parece que está bien claro. Y el único medio que tenemos de hacer contacto con él es enviar a Karina Kitcharian a ese bar de Miami Beach.

—Sí.

—Supongamos que voy yo. Si nuestro traidor ya conoce a la muchacha rusa, por mucho que yo consiga caracterizarme como ella se dará cuenta de que no soy ella.

—No la conoce. Ni ella a él, en modo alguno.

—Bueno —sonrió Brigitte—, puede que los rusos le tomasen el pelo a nuestro traidor en cuanto a lo de enviarle a vuelta de correo un cheque con su paga, pero quizá no les importe tanto enviarle unas simples fotografías de una chica bonita. En ese caso, nuestro traidor sí conocería a la Kitcharian.

—Sí, es cierto. Es un gran riesgo.

—Pero usted no cree que exista realmente.

—No creo que hayan recurrido a una chica recién salida de su escuela de espionaje para enseguida difundir fotografías de ella. Está claro que tiene que ser una absoluta desconocida. Están tomando demasiadas precauciones para arriesgarse al envío de fotografías.

—¿Y qué tiene que hacer Karina Kitcharian, es decir, Susan Palmer, en ese bar de Miami Beach?

—Esperar. Susan Palmer debe entrar en el Sargazos Bar de Collins Avenue, y esperar.

—Pero si no la conocen… ¿cómo la identificarán?

—No sé.

Se quedaron, mirándose. Por fin, Brigitte *Baby* Montfort sonrió ceñudamente.

—Espero —murmuró— que el ambiente de ese bar, al menos, sea agradable.

Capítulo II

El Sargazos Bar tenía un ambiente agradable, indudablemente elegante, pero informal. No era un lugar de esos al que acude la gente que quiere lucirse, ya sea en vestidos o en joyas. La mayoría de los clientes eran jóvenes, vestidos de cualquier manera, pero con ropas de calidad; si, por ejemplo, un hombre llevaba un jersey de apariencia descuidada, era debido a su propio descuido, pero el jersey era de precio alto. Y lo mismo los pantalones, o los zapatones de las chicas…

Había un mostrador a la izquierda de la entrada, y frente al mostrador; las mesas, que ocupaban casi la totalidad del local. Solo un pequeño tablado, al fondo, frente a la entrada, restaba espacio; el tablado estaba ocupado en aquellos momentos por un cuarteto de jóvenes melenudos que tocaban la guitarra y cantaban con tal entusiasmo que parecían pasarlo mejor ellos que los parroquianos. Pese al ruido, se oían risas y bromas. En un pequeño espacio en el centro del grupo de mesas, algunos muchachos bailaban con aires de Travolta.

Divertido.

Al menos, eso parecía pensar la hermosa muchacha de cabellos color ceniza, ojos verdes, boca sonrosada, y vestida quizá con un exceso de formalidad. De todos modos, nadie pareció hacerle demasiado caso cuando entró, ni cuando, tras mirar sonriente a su alrededor, se dirigió al mostrador y ocupó uno de los taburetes.

—Un *vodka-tonic*, por favor —pidió.

—Enseguida —le sonrió el camarero que había acudido frente a ella.

En efecto, se lo sirvieron rápidamente. Susan Palmer bebió con gesto complacido un sorbito, y luego se volvió a mirar la divertida clientela. Muy bien, ya estaba allí, en el Sargazos Bar de Collins Avenue, en Miami Beach.

¿Y ahora?

Debía esperar, eso era todo. Apetecía un paseo por la playa frente a la cual estaba el Sargazos Bar; una playa iluminada por la luz lunar, además de la mucho más resplandeciente iluminación de la avenida. Había anochecido hacía poco, la juerga nocturna comenzaba.

Susan Palmer bebió otro sorbito de *vodka-tonic*. Nadie parecía mirarla de modo especial. Claro que eso no significaba nada, realmente. Ella podía creer que nadie le hacía demasiado caso, y, en cambio, quizás estaba estrechamente vigilada. O, cuando menos, estudiada… Sí, quizá la estaban estudiando, preguntándose si sería ella la persona que estaban esperando…

—¡Eh! ¿Bailas con Travolta? —Oyó.

Susan Palmer miró hacia su derecha y un poco atrás. Un muchacho alto, atlético, guapo y simpático le hacía señas, agitándose admirablemente.

—Gracias —negó Susan—. Estoy esperando a un amigo.

—Bueno, pues que él baile también cuando llegue.

—No —rio ella—… ¡Quizá más tarde!

—Se te va a pudrir el esqueleto si no lo mueves —aseguró el muchacho, alejándose.

Susan se dedicó de nuevo a su bebida. Unos minutos más tarde, oyó, pese a todo, el timbre de un teléfono, y su mirada lo localizó enseguida, al extremo izquierdo del mostrador. Uno de los camareros acudía a atender la llamada. Estuvo hablando unos segundos, asintió, dejó el teléfono sobre el mostrador, y se dirigió a una pizarra que había en el centro de las estanterías. En esa pizarra, con tiza blanca, escribió un nombre: Teddy Hollman. Luego, continuó atendiendo su trabajo en el mostrador. Susan se quedó mirando el teléfono descolgado. Y aún no había transcurrido medio minuto cuando un sujeto se acercó, alzó el auricular, y se puso a conversar.

La conversación duró no más de un minuto. El hombre colgó, se acercó a uno de los camareros, y señaló la pizarra. El camarero asintió, terminó de servir una bebida, y se volvió, para borrar el nombre que su compañero había escrito…

La mirada de Susan Palmer volvió al teléfono, y estuvo fija en el negro aparato durante unos segundos. Muy bien. Quizá se

equivocase, pero le parecía poco probable.

No se equivocó. Casi veinte minutos más tarde, uno de los camareros atendió otra llamada. Dejó el teléfono descolgado, fue a la pizarra, y escribió un nombre: Susan Palmer. Luego, volvió a su trabajo en el mostrador.

Susan esperó unos segundos, como vacilante.

Por fin, fue al teléfono.

—¿Sí?

—¿…?

—Sí, soy yo.

—…

—De acuerdo. Para eso estoy en Miami.

—…

—Sí… Sí, sí. ¿Dónde es?

—…

—No sé dónde está eso. Acabo de llegar a Miami, y no conozco la ciudad.

—…

—Está bien. ¿Tiene el material?

—…

—De acuerdo.

Colgó, volvió ante su vacío vaso, y llamó por señas a uno de los camareros, al que pidió que borrase su nombre de la pizarra, pues ya había atendido la llamada. Luego, dejó un billete junto a su vaso, se volvió…

—Hola —le sonrió el hombre.

No era el de antes. Era algo mayor, más… sólido, más hecho, más hombre. Alto, bronceado, cabellos cobrizos, ojos oscuros, rasgos viriles. Vestía unos viejos pantalones… de calidad, por supuesto, y una camisa negra de cuello abierto. Era impresionantemente atractivo. Debía de tener alrededor de treinta y cinco años.

—Hola —sonrió Susan a su vez—… Y adiós.

—Me gustaría invitarte a algo.

—Ya he bebido, gracias. Y ahora tengo que marcharme.

—¿Debido a la llamada telefónica?

—Pues sí —dijo con indiferencia Susan.

—¿Ha habido contacto?

—¿Qué?

—Te pregunto si ha habido contacto.

—No le comprendo… ¿A qué se refiere?

—Al sujeto especial que tiene que entregarte algo especial.

Susan Palmer frunció el ceño.

—Bueno, no tengo ganas de bromas, ¿sabe? De modo que déjeme en paz.

—Solamente tengo la intención de apoyarte y protegerte —dijo el hombre, hablando ahora en ruso, después de acercarse más a Susan—… Espero que no te moleste que trate de cumplir mis órdenes.

—¿Qué dice? —Se pasmó Susan—. ¡No le he entendido una sola palabra!

—¿Eres Susan Palmer?

—Sí…

—Entonces —sonrió el hombre— tienes que haberme entendido. Estoy hablándote en ruso, y creo yo que con la suficiente claridad. Mi nombre auténtico es Sergei Uruzov. ¿Me comprendes ahora?

—Pero… ¿qué está usted diciendo?

—Bueno, ya está bien, Karina Kitcharian —refunfuñó el hombre, bajando más la voz—… Se me ha ordenado que trabaje a tu lado, para protegerte y asegurarme de que todo funciona bien. Y eso es lo que voy a hacer, te guste o no. ¿Está claro?

Susan Palmer vaciló.

Por fin, movió afirmativamente la cabeza.

—De acuerdo —susurró, hablando también en ruso ahora—… Era lógico que alguien me apoyase, pero no te conocía, así que espero que comprendas mi actitud.

—No te preocupes —volvió a sonreír el llamado Sergei Uruzov—… Tampoco esperaba yo que tú fueses tan cretina de admitir enseguida quién eres. ¿Cómo ha ido esa conversación telefónica?

—He recibido instrucciones. Tengo que estar en determinada dirección de Miami y esperar allí. Pero no tengo ni idea de dónde está ese lugar. El hombre con el que he hablado me ha dicho que tome un taxi, simplemente.

—Tengo un coche afuera. Te llevaré. ¿Habéis hablado de la… mercancía?

—Le he preguntado por ella, pero me ha dicho que todo lo que

tengo que hacer ahora es ir a ese lugar y esperar. No me ha dado más detalles.

—¿Ni siquiera te ha preguntado por el dinero?

—No. ¿Eres tú quien debe entregármelo?

Sergei Uruzov movió negativamente la cabeza.

—No, yo no. ¿Te das cuenta? Nos están utilizando como si fuésemos… marionetas. Cada uno hace una parte, sin saber exactamente qué partes están haciendo los demás.

Susan Palmer pareció desconcertarse.

—Pues si ese sujeto acude allí a llevarme el material, y yo no tengo el dinero, la cosa va a complicarse.

—Apuesto a que no —sonrió Sergei—. Todo debe de estar previsto, ya lo verás. Será mejor que vayamos a ese lugar… ¿Cuál es la dirección?

—El 64 de Bay Shore, en Miami Shores. ¿Sabes dónde está?

—Nos las arreglaremos —sonrió otra vez Uruzov—. Vamos al coche.

—¿No sería mejor que tomase un taxi? Al menos, esas son las instrucciones concretas. Si cada cual hace una parte sin que la sepan los demás, quizá tu presencia a mi lado ocasione alarma o desconfianza.

—Lo que dices tendría sentido si no me hubiesen ordenado hacer contacto contigo. Si me han ordenado eso es porque no importa que alguien pueda vernos juntos a ti y a mí, ¿no te parece?

—Tienes razón. Lo cual significa que tú también eres nuevo en Estados Unidos. ¿Es así?

—Nuevo, no —negó Sergei—. Pero es la primera vez que entro en acción. Se diría que me han estado reservando para una ocasión especial…, que al parecer es precisamente esta. ¿Has tenido alguna dificultad, o te ha ocurrido algo… extraño durante tu viaje hasta Miami?

—No, en absoluto.

—Entonces, no nos compliquemos más la vida y vamos a esa dirección.

—Solo una pregunta más, Sergei: ¿me has identificado por medio del nombre que apuntaron en la pizarra?

—Así es. Tenía que esperar a la mujer que acudiese al teléfono cuando apuntasen ese nombre.

—Está bien. Vamos a ese lugar que me han indicado.

El 64 de Bay Shore, en Miami Shores, era una pequeña casita con jardín ubicada muy cerca de la playa. Desde el interior del coche, Susan Palmer y Sergei Uruzov la estuvieron mirando, un tanto desconcertados. No había luz alguna en la casa, nadie les estaba esperando, y tanto la puerta como las ventanas se veían cerradas. Era un lugar muy tranquilo, en el que, pese a lo temprano de la hora, apenas se veía movimiento, si bien en las casas vecinas se veía luz en las ventanas, casi todas abiertas. De alguna parte llegaba, lejana, una música disparatada.

Susan y Sergei cambiaron una mirada, y Sergei encogió los hombros.

—Esta es la dirección, ¿no? —refunfuñó—. De modo que vamos a la casa, y llamemos. Algo pasará.

Salieron del coche, cruzaron el pequeño jardín, y cuando llegaron ante la puerta Sergei pulsó el timbre.

En efecto, algo sucedió: se oyó un suave chasquido eléctrico, y la cerradura de la puerta se abrió. Sergei empujó la puerta, buscó el interruptor de la luz, que estaba a la derecha, y lo accionó. Una luz se encendió en el techo del pequeño recibidor. Entraron los dos, Sergei cerró la puerta, y el zumbido eléctrico en la cerradura dejó de oírse.

Susan se dirigió hacia la entrada a la salita. Encendió también la luz de allí. Sergei llegó tras ella, miró al interior de la salita, y murmuró:

—Echaré un vistazo por la casa.

—Bien.

Regresó apenas cinco minutos más tarde, cuando Susan estaba examinando los lomos de algunos libros cuidadosamente colocados en estanterías de un mueble-librería y discoteca a la vez. Sergei sacó uno de los *longplay*, y sonrió, mostrándolo a Susan: Louis Armstrong aparecía, trompeta en boca, en la portada.

—¿Te gustaría escucharlo? —propuso.

—Tú no eres novato, ¿verdad?

—No.

—Pues yo sí. Es mi primer trabajo…, y te aseguro que no tengo ganas de música.

—Tranquilízate. ¿Qué podría pasar? Si alguien oyese música de *jazz* en esta casa todo lo que podría pensar es que sus ocupantes somos muy americanos. ¿Has encontrado algo interesante aquí?

—No. ¿Y tú?

—Lo normal. Ah, un mueble-bar. ¿Quieres un trago de algo?

—No.

—Pues yo sí. Apuesto a que en un hogar tan americano tienen *whisky*.

Había *whisky*, en efecto. Sergei Uruzov se sirvió un trago, y se dedicó apaciblemente a beberlo, en seco, sin ni siquiera molestarse en ir a buscar agua a la cocina. Miró a Susan, que permanecía de pie, mirándolo fijamente.

—¿Por qué no te relajas? —Le sonrió—. Siéntate, y fuma un cigarrillo. Por cierto, se me han terminado los míos. ¿Tienes?

—Sí.

Susan Palmer se sentó en un sillón, abrió su maletín forrado con *skay* azul, y sacó un paquete de cigarrillos. Uruzov fue a sentarse frente a ella, desplazando otro sillón. Encendieron sendos cigarrillos, y Uruzov miró su reloj. Luego, miró a Susan, y sonrió de modo tranquilizador.

Casi media hora más tarde, sonó el teléfono, que estaba en uno de los huecos del mueble-librería y discoteca. Los dos miraron el aparato, y Uruzov lo señaló.

—Seguro que es para ti.

Susan asintió con un gesto, y fue hacia el aparato.

—¿Sí?

—¿…?

—Sí, soy yo.

—¿…?

—Sí, él está aquí —la mirada de Susan fue hacia Uruzov, que sonreía una vez más—. Y tiene coche, de modo que yo no tenía necesidad de tomar un taxi.

—…

—Está bien. ¿Qué sigue ahora?

Estuvo escuchando durante un par de minutos, murmurando de cuando en cuando algún «sí, entiendo». Finalmente, colgó, y se dirigió hacia la parte del mueble donde estaban los discos. Buscó entre estos, retiró uno de ellos, y lo mostró a Uruzov, que se había

acercado y la contemplaba con curiosidad. La mirada de Uruzov se desvió hacia la portada del disco.

—Beethoven —murmuró—… Bueno, este no es tan americano, ¿verdad? ¿Tenemos que escucharlo?

Susan Palmer sacó el disco de su funda. Luego, metió una mano dentro de esta, palpó, y la retiró, pinzando con dos dedos un rectángulo de papel. Lo miró, y lo tendió a Uruzov, que ya había identificado el papel: un cheque contra determinado banco suizo. Esto le pareció de lo más vulgar, pero, cuando vio la cifra, soltó un respingo.

—¡Un millón de dólares! —exclamó.

—Me impresionaría más si fuese para mí —dijo Susan, guardando el disco en su funda; se volvió y lo colocó en su sitio—… Pero es para otra persona.

—¿Debemos entregarlo a cambio del material?

—En efecto.

—¿Cuándo y cómo? ¿A quién?

—Te lo diré por el camino —el ceño de Susan se frunció—… Porque estoy segura de que tú sabrás ir a cualquier lugar que sea de esta ciudad y sus alrededores, ¿no es cierto, camarada?

—Como comprenderás —sonrió una vez más Uruzov— no íbamos a dejarte desamparada en una ciudad desconocida.

—Claro. Bien, vámonos. ¿Me devuelves el cheque?

—Demonios… ¡Un millón de dólares! —exclamó de nuevo Sergei Uruzov, devolviendo el cheque y moviendo la cabeza—. Me gustaría saber qué van a darnos a cambio de esto. ¿La estatua de La Libertad, quizá?

—No creo que eso valga tanto —murmuró Susan—… Desde luego, sea lo que sea, no me gustaría perderlo después de haber pagado.

—Nos aseguraremos de que eso no sucede. Bueno, entiendo que has hablado con compañeros nuestros.

—Sí. Y era el mismo que me llamó al Sargazos Bar. Ahora que ya han puesto en mis manos el cheque, tenemos que ir en busca del material. Evidentemente, no desean en modo alguno que el… vendedor tenga contacto con nadie más que conmigo.

—A mí me parece una medida muy prudente.

—Sí. Todo está encaminado a la seguridad del vendedor, eso

está claro. Y teniendo en cuenta todas las precauciones que este ha exigido yo diría que no se fía demasiado de nosotros: quiere el dinero en mano, de manos de un agente desconocido en Estados Unidos…

—Ese hombre, lógicamente, tiene que estar asustado —murmuró Uruzov—… Una cosa que nosotros compramos por un millón de dólares debe de tener un valor muy superior.

—Es solo un microfilme.

—Bueno… Pero hay microfilmes y microfilmes, ¿no? Cuando por un microfilme nosotros pagamos un millón de dólares, el asunto debe de ser fabuloso. ¿Adónde tenemos que ir?

Capítulo III

Hacía casi media hora que esperaban en la zona de aparcamiento junto a la carretera, viendo pasar coches y coches, cuando, finalmente, las luces de uno de los vehículos hizo la señal convenida al pasar junto a la zona de aparcamiento. Los destellos intermitentes fueron vistos perfectamente por ambos, y Sergei puso inmediatamente el motor en marcha, murmurando:

—Ahí lo tenemos.

Salieron a la carretera. El otro coche había reducido la velocidad, de modo que no tuvieron ninguna dificultad en alcanzarlo. Tras ellos quedaban las luces de la ciudad de Miami, y, además, las del coche de Uruzov daban de lleno en la matrícula del que les precedía. Pero Susan Palmer no pudo ver la matrícula, porque esta tenía unas «casuales» manchas de barro. Sergei Uruzov pareció captar los pensamientos de su acompañante, porque la miró sonriente, y dijo:

—Si lo ven los de la Patrulla de Caminos, se la va a cargar.

—¿A qué te refieres? —Disimuló Susan.

—A la matrícula: hay que llevarla bien visible y legible.

—Ah. Bueno, mejor para todos que no sea así, ¿no te parece?

—Supongo que sí. Pero me pregunto de qué sirve ocultar la matrícula de un coche cuando dentro de poco vamos a verle la cara al hombre que lo conduce.

Sergei Uruzov se equivocó. Poco después, el coche que les precedía abandonó la carretera principal, enfiló por una secundaria, y, otro par de minutos más tarde, el coche se detenía en un ensanchamiento. Todas las luces del coche fueron apagadas. Uruzov detuvo también su coche, y apagó todas las luces a su vez. No pasaba por allí vehículo alguno. Sobre ellos, la luz de las estrellas y de la luna en cuarto creciente.

—Vamos allá —susurró Sergei.

—Creo que debo ir yo sola, ¿no?

—No. Me lo dijeron bien claro: en todo momento, la camarada Karina debe estar bien protegida. Puede que todo funcione bien, pero si no es así, yo quiero estar donde sea útil. ¿De acuerdo?

Karina Kitcharian no contestó. Salió del coche por la portezuela derecha, y Sergei lo hizo por la del volante. Caminaron hacia el otro coche. Cuando estaban cerca, la portezuela trasera izquierda se abrió, y ambos comprendieron. Se metieron en el asiento de atrás del coche, y Sergei cerró la portezuela. Ante el volante había un hombre, que permanecía de espaldas a ellos, sin volver siquiera la cabeza. Pero, además, los dos espías vieron el brillo de la media de nylon que la cubría completamente. La voz sonó a través de la fina malla, en un susurro:

—¿Han traído el cheque?

—Sí —dijo Susan, tendiéndolo por encima del hombro del enmascarado sujeto.

Apareció una mano enguantada en negro: dos dedos asieron el rectángulo de papel. En el asiento delantero, a la altura del regazo del hombre, brilló una luz. Estaba utilizando una pequeña linterna… La luz se apagó. El hombre sacó una billetera, y guardó en ella el cheque. Guardó la billetera. Acto seguido, su mano volvió a aparecer, por encima de su hombro, sosteniendo algo diminuto con dos dedos. Susan Palmer tomó aquel diminuto objeto, que parecía una simple cápsula de medicamento.

—¿Esto es todo? —murmuró.

—Sí —sonó de nuevo la voz del hombre en un susurro, pero sin poder ocultar cierta tensión—… Sí, es todo. Adiós.

En la casi total oscuridad del interior del coche del desconocido, Susan y Sergei cambiaron una mirada. Acto seguido, sin más comentarios Susan salió del coche por la parte derecha, y Sergei lo hizo por la izquierda. Apenas habían comenzado a alejarse del vehículo oyeron el motor de este… Y cuando llegaron junto al coche de Uruzov, el otro coche había desaparecido en la distancia. En silencio, volvieron a ocupar sus asientos, Uruzov puso el coche en marcha y emprendieron el regreso a Miami.

Susan encendió la luz interior y miró la pequeña cápsula.

—Yo diría que es una de esas cápsulas de medicamento que hay que tragar para que lleguen enteras al estómago.

—Pero seguro que no contiene ningún medicamento —dijo Sergei—… Aunque quizás hemos debido asegurarnos antes, ¿no?

—No, no… De ninguna manera me imagino a nadie tan idiota como para querer estafar a la MVD.

—Eso es cierto —sonrió Uruzov—: no viviría mucho. De todos modos, ¿por qué no echas un vistazo al contenido de la cápsula?

—¿Para qué? Seguro que hay un microfilme.

—Sí… Claro. Bueno, supongo que alguna vez sabremos qué contiene ese microfilme…, aunque personalmente, no me interesa. Todo lo que me interesa a mí es que salgas sana y salva de Estados Unidos.

—Más o menos es lo que me interesa a mí —asintió Susan—… ¿Debo entender que me acompañarás a la frontera canadiense?

—No. El camino de vuelta lo harás vía La Habana.

—Lo prefiero. Bien, volvamos a Miami Shores.

Eran casi las once de la noche cuando Sergei detenía de nuevo el coche frente al 64 de Bay Shore. Se apearon, y fueron hacia la casa… Susan Palmer, Karina Kitcharian, es decir, Brigitte Montfort, alias *Baby*, estaba profundamente decepcionada, en su fuero interno. Meditando sobre la cuestión, había llegado a la conclusión de que aquel trabajo no había estado a la altura de sus habituales misiones para la CIA. Todo había sido tan vulgar, tan fácil, que casi se sentía aburrida, además de decepcionada. Por supuesto, mientras estaba en el asiento de atrás del coche del vendedor, había colocado un emisor de señales bien encajado entre el asiento y el respaldo, lo que significaba que ella misma, o sus compañeros de la CIA, podrían localizar el coche con toda facilidad utilizando un receptor de las señales que emitiría el pequeño emisor.

En cuanto a Sergei Uruzov y al otro ruso que le había estado dando instrucciones por teléfono primero en el Sargazos Bar y luego en la casa a la cual estaban a punto de entrar, serían apresados con la misma facilidad que el traidor norteamericano. Y lo haría ella misma; solo tenía que esperar la llegada del otro, y apuntarles con su pistolita, que en todo momento había llevado sujeta al muslo izquierdo con una tira de esparadrapo. Incluso podía simplificar el trabajo apresando ya a Sergei Uruzov y… No. No, porque si el otro volvía a llamar antes de venir para asegurarse de que todo estaba bien, podía querer conversar algo con Uruzov, y entonces todo se

complicaría.

Era mejor esperar.

Pero… ¡era todo tan fácil!

Estaban ya ante la puerta, que Sergei había abierto; encendió la luz, entraron los dos, Sergei cerró la puerta…

Sí, era todo tan fácil, que Brigitte *Baby* Montfort comenzó de pronto a sentirse inquieta. Demasiado fácil…

—Supongo que ahora sí querrás un trago —dijo Sergei, casi riendo.

—No… No.

En el mismo momento en que Uruzov encendía la luz de la salita, Susan Palmer comprendió que algo tenía que salir mal. Y lo supo con toda certeza incluso antes de ver a los tres hombres que habían estado esperando en la salita; lo supo una fracción de segundo antes de que se encendiese la luz y quedasen visibles tos tres hombros.

Para entonces, ya era tarde para ella.

Uno de los hombres, de unos sesenta años, con lentes, cara pálida y larga caballera grisácea, estaba sentado en un sillón, y parpadeó al ser encendida la luz. Los otros dos, de la edad aproximada de Uruzov, no parpadearon, mantuvieron tenazmente abiertos los ojos, soportando la luz…, y apuntando hacia Uruzov y Susan Palmer con sus pistolas provistas de silenciador. Susan Palmer no reaccionó visiblemente: solo sintió un largo escalofrío en la espalda. Uruzov sí reaccionó, lanzando una exclamación de sorpresa y alarma, y su actitud titubeante fue tan visible que uno de los que empuñaban pistola, dijo rápidamente:

—No hagas tonterías, Sergei: somos camaradas tuyos.

Uruzov miró rápidamente a Susan, y luego a los dos hombres, y finalmente sus pistolas, que señaló.

—Entonces ¿qué significan esas armas? —murmuró, también en ruso.

—No son para ti, sino para ella… ¿Quién es?

—¿Cómo que quién es? —gritó Uruzov—. ¡La camarada Karina Kitch…!

—No es la camarada Kitcharian —cortó secamente el otro—. Tú no puedes saberlo, es cierto, pero nosotros, sí. Vimos fotografías de ella, y tuyas, hace un par de semanas. Tú eres Sergei Uruzov, pero

ella no es Karina Kitcharian. Os hemos estado esperando, y al veros salir del coche nos hemos dado cuenta enseguida. Ella se parece a la camarada Kitcharian, pero no es la camarada Kitcharian. ¿Verdad que no…, señorita Palmer?

Susan Palmer no contestó. Su mirada se desvió un instante hacia el hombre de más edad, que la miraba como alucinado, incluso un poco asustado. Aquel hombre no era un espía, desde luego. Parecía… un profesor de algo, un intelectual, un hombre al que las armas incluso lo asustaban. Volvió a mirar a los otros dos hombres. Por supuesto, había identificado la voz del que había hablado como la del que había estado dándole instrucciones por teléfono. Ella había tenido un pequeño fallo, como muchas otras veces. Nadie es perfecto. Le habían dicho que regresase a la casita y que ya le seguirían dando instrucciones, y así lo había creído.

Pero ahora, dos hombres que habían optado por esperarla en la casa la estaban apuntando con sus armas.

—Parece que se ha quedado muda —dijo el otro ruso armado—… Quítale el maletín y apártate de ella, Sergei. ¡Con cuidado!

Uruzov todavía estaba impresionado, y miraba a Susan con incontenible desconcierto. Pero, de pronto, apretó los labios, arrebató el maletín de la mano izquierda de Susan Palmer, y se alejó de esta, dejándola sola bajo la amenaza de las dos pistolas.

—Venga hacia aquí —dijo el ruso que más hablaba—: siéntese en ese sillón. ¿Algo ha salido mal, Sergei?

—No, no… Hicimos contacto con el hombre, le entregamos el cheque, y él nos entregó el microfilme. Lo tiene ella… Bueno, lo guardó en este maletín.

—Sácalo de ahí y entrégaselo a él —dijo el otro, señalando al hombre de más edad.

Segundos más tarde, la cápsula conteniendo el microfilme estaba en manos del sujeto que parecía un profesor. Este recogió un maletín que tenía junto a sus pies, lo abrió, y sacó algo que Susan Palmer identificó enseguida: un visor especial, con luz interior, para microfilmes.

El hombre sacó la pequeña tira de película del interior de la cápsula, y la introdujo por un extremo en la ranura del visor. Maniobró con este, y comenzó a examinar el microfilme con la actitud del científico que está mirando por un microscopio…

—¿Dónde está Karina Kitcharian? —preguntó el ruso que dirigía el grupo.

—Fue detenida al cruzar la frontera canadiense —susurró la falsa Susan Palmer.

—¿La CIA?

—Sí.

—¿Es usted de la CIA?

—Sí. Lo que significa que podremos… hacer un canje.

—¿Quiere decir Karina Kitcharian por usted?

—Evidentemente.

—Ya. ¿No está asustada?

—No.

El ruso ladeó la cabeza, entornó los párpados, y se quedó mirando largamente a Brigitte, con gesto pensativo, especulativo. De pronto, un gesto de incredulidad, y finalmente de sobresalto, apareció en su rostro.

—¿Es usted *Baby*? —exclamó.

—No. Soy una agente cualquiera. La más parecida a Karina Kitcharian que encontraron. *Baby* es muy diferente.

El ruso volvió a contemplarla de aquel modo especulativo, indeciso, desconfiado. En sus ojos Brigitte vio perfectamente la esperanza, la ambición de tener en sus manos nada menos que a la espía más peligrosa del mundo. Pero dudaba. Dudaba, porque lo que ella había dicho tenía sentido.

—¿Estamos rodeados por la CIA? —preguntó de pronto.

—Sí.

El ruso sonrió anchamente.

—Me parece que no. No… No somos tan estúpidos los espías, señorita… Palmer. La han dejado trabajar sola creyendo que podrían engañarnos completamente, que la aceptaríamos como Karina Kitcharian y que podría introducirse en nuestro grupo: no quieren ustedes un solo hombre, sino todo el grupo que ha organizado esto… ¿Verdad? De modo que la han dejado seguir el juego esperando el momento de lanzar la red para atrapar más de un pez. ¿No es eso?

—Usted se lo dice todo.

—También digo que han debido de recurrir a algún truco para identificar al hombre que nos ha vendido el microfilme. Usted ya

debe de saber quién es… ¿Cierto?

—No, no lo sé.

El ruso volvió a entornar los párpados.

—¿Pretende hacerme creer eso?

—Esperábamos capturarlos a todos ustedes, y hacerles confesar entonces el nombre de nuestro traidor.

—No diga tonterías. Eso era correr demasiado riesgo inútil. Las cosas podían salirle mal a ustedes, ¿no cree? Y entonces, se encontrarían con que no nos tenían a nosotros, ni al vendedor. No, no, no… Usted tiene que saber quién es el vendedor… ¡o ha recurrido a algún truco para saberlo pronto! ¿Qué truco?

El otro se acercó más a él, y estuvo unos segundos cuchicheándole al oído. Los labios del primer ruso se apretaron, y su mirada, fría y gris, pareció taladrar los ojos de Susan Palmer.

—Sí, podría ser —susurró—… Un emisor. ¿Es eso? ¿Ha colocado usted un emisor en el coche del vendedor? ¿O no se han acercado a su coche…? ¿Sergei?

Uruzov asintió. Estaba lívido.

—Hemos estado dentro del coche del vendedor —masculló.

—¡Dentro del coche…! Está bien.

—¡No está bien! —gritó de pronto Sergei Uruzov, acercándose a la prisionera—. ¡Déjame que a esta mala puta le dé su…!

—Tranquilízate. No olvides a Karina Kitcharian, que la tienen ellos. La idea del canje no es mala, desde luego. Pero antes, ya que ellos nos han puesto fuera de órbita a una camarada recién salida del nido, nosotros haremos lo mismo. Aunque me parece que tu amiga Susan no acaba de salir precisamente del nido. Es usted toda una veterana, ¿no es cierto?

—Regular nada más —murmuró *Baby*.

—¿Cuál es su nombre? El verdadero, naturalmente. Y nada de tonterías, porque tendrá que demostrarlo. ¿Lleva alguna documentación en el maletín, Sergei?

—A simple vista, no, aparte del pasaporte a nombre de Susan Palmer, claro; pero quizá mirando más a fondo…

—Pues comienza a hacerlo. Y usted, mientras tanto, díganos su nombre. El verdadero, se entiende.

—Amy Flowers.

—Amy Flowers… ¡Qué nombre tan bonito! ¿Cuál es su número

clave en la CIA?

—Mass. 0911.

—De Massachusetts, ¿eh?

—Sí. Veo que están bien enterados.

El ruso hizo un gesto despectivo, y parecía dispuesto a seguir conversando cuando el otro volvió a cuchichearle al oído. El que escuchaba asintió, se sobresaltó de pronto, y miró un instante a su compañero.

—Sí —murmuró, de pronto inquieto—, tienes razón. Ve tú a hacerlo. Pero espera un poco, a ver si puedes llevarte de aquí al camarada comprobador. Lo dejas donde ya sabes, y luego vas a hacerlo… ¡sin perder un segundo!

Sergei Uruzov, que había sacado todas las cosas del maletín, y las había ido colocando cuidadosamente sobre una mesita, alzó la cabeza de pronto.

—Parece que hay un doble fondo, pero no estoy seguro. Puede que sea solo el almohadillado del fondo.

—¿Qué dice usted? —La miró el ruso—. ¿Hay un doble fondo o no?

—No.

El ruso sonrió. Sus ojos se desviaron un instante hacia Sergei Uruzov.

—Insiste. Pero con cuidado, no sea que…

—Lo es —dijo de pronto el hombre de más edad alzando vivamente la cabeza—… ¡Estoy seguro de que lo es! ¡Tenemos aquí todos los datos para poder fabricar inmediatamente la bomba de neutrones, la tenemos en nuestras manos, ya podemos…!

Se calló bruscamente, y parpadeó al ver la dura mirada que le dirigía el ruso jefe del grupo. El llamado «camarada comprobador» se pasó la lengua por los labios, desvió la mirada hacia Brigitte, que estaba ahora más pálida y demudada que Sergei Uruzov antes, y volvió a mirar al jefe.

—Me parece… que he hablado demasiado, ¿no? —murmuró. El otro asintió, y su gesto se suavizó rápidamente.

—No te preocupes demasiado. Lo siento por Karina Kitcharian, que no podrá ser canjeada… de momento. Ya no importa que sigamos la conversación. ¿Seguro que son los planos de la bomba de neutrones norteamericana?

—Bueno —vaciló el comprobador—, como es natural, yo no la conozco, y habrá que examinar todo esto más a fondo, pero… apostaría mi vida a que lo es. Además, considerando la persona que nos ha vendido este microfilme… ¡tiene que serlo! Todo lo poco que yo sé sobre esa bomba, coincide con esto. Por otra parte…

—No lo alarguemos, tenemos muchas cosas que hacer… ¿Cuál es tu dictamen final y decisivo?

—Tengo aquí —alzó el comprobador el visor con el microfilme— la bomba de neutrones americana. Seguro.

—De acuerdo. —Señaló a su compañero—… Iulian te llevará a donde espera el helicóptero. Recoge todas tus cosas…, y naturalmente llévate ese microfilme. Iulian, ya sabes lo que tienes que hacer después de dejar a nuestro camarada en el helicóptero.

—De acuerdo. ¿Nos vamos, camarada?

El comprobador recogió sus cosas, se puso en pie, y se dirigió rápidamente hacia la puerta de la salita. Brigitte Montfort, demudado el rostro, estaba en una de las más duras alternativas de su vida: ¿morir o no morir? Toda ella se sentía impulsada a la acción, a intentar impedir fuese como fuese que los rusos se marchasen con el microfilme que contenía los datos sobre la bomba de neutrones, el último y más criminal ingenio mortal concebido por los humanos: una bomba que se «limitaba» a eliminar la VIDA allá donde alcanzaban sus efectos, pero que respetaba LAS COSAS; una bomba que solo causaba destrucción en los seres humanos, pero no en sus propiedades y bienes. De este modo, se podía matar a todos los habitantes de un país o región, pero, eso sí, *respetando* sus riquezas, de modo que el «vencedor» se quedaba con sus edificios, sus armas, sus minas, sus tesoros de toda clase…

¿Morir o no morir? Porque Brigitte sabía perfectamente que si se decidía a sacar su pistolita de cachas de madreperla, podría matar a un ruso, quizás a dos…, pero quedaban dos más, que podían matarla a ella. Y entonces, los rusos no solo se llevarían de Estados Unidos la bomba de neutrones, sino que se llevarían, también, la vida de la agente *Baby*…

Cuando dejó de mirar la espalda del comprobador para mirar al jefe del grupo ruso, este la estaba mirando, con cierto frío sarcasmo, viendo perfectamente las gotas de sudor que habían aparecido en el demudado rostro de la espía norteamericana. Y, evidentemente,

adivinando sus pensamientos, porque la estaba apuntando ostensiblemente, extendido el brazo, firme la mano que empuñaba la pistola. Un poco más allá, junto a la mesita donde estaba el vaciado maletín, Sergei Uruzov parecía haber comprendido también, porque había sacado su pistola y apuntaba a la falsa Susan Palmer.

En un instante, el comprobador y el agente de la MVD llamado Iulian quedaron fuera del alcance visual de Brigitte, que pocos segundos después oyó el chasquido de la puerta al cerrarse. Esperaba oír el motor del coche de Uruzov, pero esto no sucedió. Comprendió que los tres rusos habían dejado su coche lejos de la casita, y que Iulian y el otro estaban caminando hacia él. Quizá todavía tenía tiempo, quizá todavía podía intentar…

—Hágalo —dijo de pronto el ruso—, y así me justificaré a mí mismo para matarla.

Se quedaron mirándose. Brigitte no estaba en absoluto sorprendida por el hecho de que el ruso hubiese adivinado sus pensamientos. Eran lógicos, eran, seguramente, los mismos que habría tenido el ruso de hallarse en su lugar. Y posiblemente, como ella misma, el ruso también habría estado sudando de angustia y de indecisión.

—No es una decisión fácil, ¿verdad? —Sonrió el ruso—. Pese a todo, todos nos aferramos a la vida. Esto, no solo es biológicamente razonable, sino que implica una cierta postura egoísta: ¿que los otros tienen un arma peligrosa? Bueno, pero quizás *a mí* nunca me alcancen sus efectos… ¿No es eso lo que está pensando?

Brigitte no contestó. Allá, en el fondo de su mente, quizás existiese esa actitud, ese pensamiento egoísta, pero la verdad era que no se movía por temor a morir… a cambio de nada. Y de todos modos, analizándolo fríamente, ¿qué más daba que también los rusos tuviesen la bomba de neutrones? Si la tenía Estados Unidos, ¿por qué no Rusia? El mismo daño haría la bomba si la lanzaba Estados Unidos que si la lanzaba Rusia. Y de todos modos…, ¿no creaba esto, quizás, un cierto equilibrio en el poderío militar, como había sucedido años atrás con la bomba atómica? Un equilibrio que quizás impediría, precisamente, el enfrentamiento…

—¿No es eso lo que está pensando? —preguntó el ruso—. ¿Qué es lo que está pensando, entonces?

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—Simplemente, tengo miedo —dijo con voz tensa.

—Es fácil de comprender —asintió el ruso—. Pero ya no debe temer a nada, sus angustias terminarán pronto. Porque, como usted comprenderá, ahora que sabe lo que nosotros hemos conseguido, ya no podemos canjearla por nuestra camarada Karina Kitcharian. Lo siento mucho por ella, pero…

—¿Quiere decir… que van a asesinarme?

—Lo siento, pero no tenemos otro remedio, ¿dónde prefiere el balazo: en la cabeza o en el corazón?

Capítulo IV

Al oír a su compañero, Sergei Uruzov lo miró, con cierto sobresalto, pero enseguida comprendió que, efectivamente, después de lo que Susan Palmer había oído, el canje no era en modo alguno aconsejable. Volvió a mirar a la falsa Susan Palmer, y la vio erguida en su asiento, inexpresivo el pálido rostro.

—Podríamos llegar a un acuerdo —susurró ella.

—¿Qué clase de acuerdo? —Pareció disgustarse el ruso—. Le aseguro que me gustaría, pero dudo que haya algún acuerdo factible, dadas las circunstancias.

—No perdemos nada escuchándola —murmuró Sergei.

—¿Qué clase de acuerdo? —insistió el otro, sin mirarlo, siempre fija su mirada en Brigitte.

—Como usted bien ha dicho —murmuró la espía—, todos nos aferramos a la vida a pesar de todo. Morir, es lo último. Por lo tanto, yo tengo que ofrecer algo interesante a cambio de mi vida. Algo que puede interesarle mucho a usted, y a Sergei.

—¿Qué tiene que ofrecer?

—Puedo poner en sus manos a la agente *Baby*. Hace muchos años que la MVD ofrece una gran recompensa por ella. Ustedes cobrarían esa recompensa, no solo en dinero, sino en prestigio y oportunidades dentro de su Directorio.

—¿Nos está ofreciendo la vida de *Baby* a cambio de la suya?

—Oh, no es así exactamente, ya que no creo que en Moscú matasen a *Baby*. ¡Qué tontería…! La mantendrían viva mucho tiempo, interrogándola, examinándola, ¡qué sé yo! Lo cierto es que ella viviría todavía muchos años, aunque fuese como prisionera. No sé si se dan cuenta de lo que significaría para la MVD, y para ustedes, poder disponer de *Baby* a su antojo.

—¿Conoce usted el nombre de la agente *Baby*? ¿Sabe realmente

quién es, dónde vive, a qué se dedica en su vida… social?

—Sí.

—¿Quién es?

—¿Qué garantías de supervivencia pueden ofrecerme a cambio de mi información?

—¿Garantías? —Frunció el ceño el ruso—. Ninguna que usted pudiese creer, por el momento. ¿Se le ocurre alguna a usted?

—Sí. Pueden dejarme marchar, yo telefoneo dentro de unos minutos a esta casa, y les digo dónde está *Baby*, y quién es.

Los dos rusos se quedaron contemplando, atónitos, a Susan Palmer.

—¿Pretende tomarnos el pelo? —Gruñó el ruso.

—No. Simplemente, eso es lo que yo llano una garantía de supervivencia.

—Pues nosotros, a eso lo llamaríamos una garantía de imbecilidad por nuestra parte.

—Bueno, si no aceptan mis condiciones, no hay trato.

El ruso estaba en verdad pasmado, estupefacto.

—No puede usted ser tan cretina —masculló—… ¡No puede ser tan absurdamente idiota! ¿Dice que no hay trato? Le vamos a demostrar muy pronto que le conviene hacer el trato a nuestro modo. Veamos: ¿le gustaría que metiésemos en su sexo algo caliente?

—¿Cree que van a asustarme con una violación?

—¿Violación? ¿Ha pensado que pretendíamos usarla sexualmente con nuestros… atributos masculinos? ¡Vamos, vamos…! No se trata de eso, ni mucho menos, señorita… Flowers. Lo que vamos a introducir en su sexo es un cigarrillo encendido…, después de darle una buena paliza, naturalmente. ¿Qué le parece?

—No… no se atreverán a hacer… eso…

—Pues a mí se me ocurre algo mejor —dijo Uruzov—, que tú misma has sugerido: te vamos a dar una paliza, luego te violaremos, al menos yo, porque me gustaste en cuanto te vi, y luego… cauterizaremos la violación con el cigarrillo. ¿Qué te parece?

Brigitte Montfort, con expresión magistralmente aterrada, miraba de uno a otro hombre. Se encogió en el sillón, sus manos se colocaron sobre el regazo, como protegiendo su sexo.

—No, no… ¡No harán eso, no!

—¿No? —Sonrió el ruso.

Se acercó a ella, pistola por delante, pero alzándola, dispuesto a golpear con ella, no a disparar. Brigitte se encogió aún más, y sus manos, temblorosas, se hundieron más hacia su sexo, desplazando la falda, como queriendo protegerlo directamente, taparlo, ocultarlo…

Pero de pronto, cuando el ruso estaba apenas a un metro de ella y se preparaba para asestarle un golpe en un hombro, la mano derecha de Brigitte llegó a tocar la pistolita, que asió fuertemente, tirando de ella para despegar el esparadrapo color carne de su muslo, y, al mismo tiempo, giraba un poco en el sillón y disparaba su pierna derecha.

El pie alcanzó al ruso entre las ingles, justo en los genitales, aplastándolos brutalmente, con tal fuerza que el hombre, lanzando un berrido de dolor, saltó hacia atrás, encogido… Sergei Uruzov emitió un grito de alarma al ver aparecer la pistolita en la mano de la prisionera, y su dedo apretó el gatillo de la pistola que apuntaba hacia Brigitte.

Los dos disparos sonaron casi a la vez. Una milésima de segundo antes el de Uruzov, cuya bala fue a clavarse en el sillón que había estado ocupando Brigitte, la cual se había tirado de bruces al suelo mientras apuntaba hacia Uruzov…, que recibió el balazo en el centro de la frente, y saltó hacia atrás, muerto en el acto, con un breve grito, mientras Brigitte, tras el disparo, rodaba alejándose de su posición…, de modo que la segunda bala que, ya muerto, disparó Uruzov rebotó en el suelo y fue a clavarse en la pared.

Plof, disparó de nuevo la espía internacional, hacia el ruso, que, como ella, giraba para alejarse de su línea de tiro. Pero la señorita Montfort tiraba demasiado bien, en cualquier postura y situación. Muy pocas veces fallaba un disparo. Y no falló…, solo que tampoco acertó con la eficacia que habría sido conveniente. El ruso gritó al recibir el balazo en el hombro izquierdo, mientras giraba, y desapareció detrás de un sillón, dejando en el aire unas salpicaduras diminutas de sangre.

Brigitte se apresuró a desplazarse también en busca de protección, para lo cual escogió el sofá. Quedó detrás de este, todavía tensa, crispadas sus facciones, notando el violento latir de su corazón… Más allá, oía el jadeo, los gruñidos de dolor del ruso.

Baby se tendió completamente en el suelo, y acercó la cabeza a un extremo del sofá.

—Recuerde, colega —dijo con voz agitada—: lo último es morir. Le sugiero que se entregue.

El ruso no se molestó en replicar. Brigitte se encogió al oír el chasquido de un disparo, pero se dio cuenta enseguida de que el ruso no disparaba contra ella, sino hacia otro sitio. Oyó otro disparo, y un nuevo rebote… Estaba disparando hacia otro lado, hacia la pared… ¡Estaba disparando en dirección a la puerta del saloncito…!

Justo en el momento en que Brigitte comprendía lo que pretendía el ruso, sonaba otro «plop», y enseguida hubo un fortísimo chispazo azulado, y la luz del saloncito se apagó: el ruso había disparado contra el interruptor, provocando un cortocircuito en toda la casa, que quedó completamente a oscuras.

Ahora no se oía nada.

Brigitte rodó, alejándose de detrás del sofá, sin hacer el menor ruido. Luego, se colocó acuclillada, intentando ver algo en la oscuridad, atento el oído. Ni veía, ni oía nada…

Sí.

Sí oía algo: el deslizamiento de algo… Un roce. Algo se estaba deslizando por el piso, lentamente. De pronto, a continuación de un gruñido de dolor, se oyeron las pisadas, veloces. Brigitte orientó la pistolita hacia la puerta del saloncito, y disparó. Oyó el respingo, pero un instante después, continuó oyendo las pisadas, ya sin disimulos, a toda prisa hacia la puerta de la casa. Esta batió fuertemente, retumbando el sonido por toda la casa.

Brigitte se puso en pie, dio un paso hacia la puerta del saloncito, y se detuvo en seco, dejándose caer nuevamente acuclillada… El ruso era muy listo: le hacía creer que había abandonado la casa, esperaba que ella saliese a toda prisa del saloncito, y en cuanto oyese sus pasos la acribillaría a balazos… No, gracias. Si él era tan listo de esperarla agazapado en el vestíbulo, ella tenía que encontrar el modo de darle la sorpresa…

Pues no.

La sorpresa se la llevó Brigitte *Baby* Montfort, porque, de pronto, oyó el motor del coche de Sergei Uruzov… ¡El ruso había salido de la casa, efectivamente, y acababa de poner en marcha el

coche! Brigitte se puso en pie, corrió en la oscuridad hacia la ventana, tropezando varias veces, y finalmente tocó las pesadas cortinas; encontró el mecanismo, lo accionó, y las cortinas se apartaron, dejando entrar en la casa el resplandor de las luces de la calle. Y a esas luces, la espía más peligrosa del mundo vio el coche de Sergei Uruzov, alejándose.

Ni siquiera se molestó en disparar. Estuvo unos segundos viendo alejarse el coche que se ponía rápidamente fuera de su alcance, y luego corrió hacia la mesita donde Uruzov había colocado las cosas de su maletín. Al resplandor del exterior, vio la mesita, llegó ante ella, ahora sin darse golpes en las rodillas, y tomó el paquete de cigarrillos que contenía la radio camuflada, y cuya onda, naturalmente, ya estaba adecuada a la zona de Miami.

Tiró de uno de los cigarrillos, y enseguida, apenas dos segundos más tarde, oyó la voz:

—Adelante.

—¡*Baby* en Miami! —exclamó—. ¡Simón, necesito…!

—Espere, espere… ¿Qué dice usted, señorita?

—¡Digo que soy *Baby*, y que necesito ayuda inmediatamente! ¡Y se lo advierto, Simón, no tengo tiempo para bromas ni desconfianzas! ¡Se acordará amargamente de mí si no hace *inmediatamente* todo lo que voy a decirle!

—La escucho. Luego, ya veremos.

—¿Qué hacemos con el cadáver? —preguntó Simón-Miami.

Susan Palmer lo miró como distraída un instante. Por supuesto, todo el personal de la Zona de Miami de la CIA estaba ya bajo su dirección, y Simón-Miami, jefe de dicha zona, lo sabía perfectamente. Había sido avisado por el agente que recibió la llamada y las instrucciones de *Baby*, y, por lo que pudiera ser, se había apresurado a obedecer dichas instrucciones a toda prisa y con toda fidelidad, dando las órdenes pertinentes en el acto a todos sus hombres. Acto seguido, se había trasladado con unos cuantos agentes al 64 de Bay Shore, en Miami Shores. Allí, la muchacha de ojos verdes y cabellos color ceniza había tardado muy poco en convencerlo de que se hallaba, en efecto, nada más y nada menos que ante la mismísima *Baby*.

En toda la casa, varios agentes de la CIA estaban buscando una

posible pista. En el saloncito, Simón-Miami y otros dos hombres esperaban las siguientes instrucciones.

¿Qué hacían con el cadáver? *Baby* miró de nuevo la documentación que había encontrado en un bolsillo del hombre que ella había conocido como Sergei Uruzov; documentación que indicaba que aquel hombre había estado utilizando la personalidad de Mike Richards, ciudadano estadounidense.

Y eso era todo lo que sabían de él: un agente ruso que se había instalado en Estados Unidos con el nombre de Mike Richards. Ninguna dirección, ningún otro dato. Nada. Solo eso.

—No lo sé —murmuró por fin Brigitte—… ¿Qué se puede hacer con un cadáver, salvo enterrarlo… o enviarlo a nuestros colegas rusos?

—Los rusos negarán conocer a nadie llamado Mike Richards. Y menos, a Sergei Uruzov —dijo Simón-Miami.

—Por supuesto. Todos conocemos las reglas del juego.

—Podemos investigarlo en su personalidad de Mike Richards —sugirió el Simón que había recibido la llamada de *Baby*—… En alguna parte tenía que estar, alguien debió de verlo, ¿no?

—Sin duda, alguien debió de verlo. Pero para conseguir alguna pista de él deberíamos repartir fotografías por toda Miami, ya que por el nombre no creo que consiguiésemos nada.

—¿Por qué no? Si estaba en algún hotel, o motel, incluso en alguna pensión…

—En alguna parte estuvo —asintió Brigitte—, pero no con el nombre de Mike Richards. Este nombre debió de serle asignado exclusivamente para este trabajo. Antes, debió de utilizar otro.

—Bueno… Podemos repartir fotografías suyas…

—No. Demasiado trabajo… para no conseguir nada a cambio. Posiblemente, sabríamos dónde estuvo y con qué nombre. Pero ¿de qué nos serviría eso? Yo creo que de nada, del mismo modo que no nos sirve de nada saber que se llamaba Sergei Uruzov o Mike Richards. Por ese lado, no hay nada que hacer. Uruzov era nuevo en las actividades propias de la profesión, al menos, en Estados Unidos. Posiblemente, era casi tan novato como la muchacha rusa que cruzó la frontera con Canadá. Olvidémoslo. En realidad… deberíamos olvidarlo todo.

Los tres hombres de la CIA se quedaron mirando sombríamente

a *Baby*, que estaba aún más sombría que ellos. La comprendían perfectamente: ¿de qué serviría saber algo más de Sergei Uruzov, o de los otros dos, o del comprobador del microfilme…, si el microfilme debía de estar ya camino de Moscú?

—Quizás el helicóptero con el que están volando hacia Cuba no pueda cruzar nuestra cortina de vigilancia —murmuró Simón-Miami con un cierto tono de esperanza—… En ese caso, o serían capturados o derribados. De un modo u otro, el microfilme no llegaría a parte alguna…, salvo al fondo del mar.

—Es una posibilidad, pero también la he desechado —movió la cabeza Brigitte—… Naturalmente, Iulian y el otro ruso debían de estar comunicados por radio de bolsillo, de modo que el que escapó de aquí, por muy herido que estuviese, lo avisó. Y por supuesto, en cuanto Iulian recibió el aviso de que las cosas se habían complicado en esta casa olvidó inmediatamente el helicóptero. En estos momentos, o están rumbo a Cuba por otro medio, o están buscando ese otro medio. Pero no utilizarán el helicóptero, seguro. Esos hombres, con el comprobador y el microfilme, se nos van a escapar.

—Pero seguramente encontraremos al vendedor, a ese cerdo traidor que…

—¿De qué nos servirá? Si el emisor que puse en su coche funciona, y nuestros compañeros que están rastreando toda la zona de Miami con receptores localizan el coche y por tanto al traidor, sí, tendremos a este. Pero ¿qué podrá decirnos, aparte de que, en efecto, vendió el microfilme? Es el microfilme el que interesa, solo el microfilme…, y ese mucho me temo que nadie podrá impedir que llegue muy pronto a Moscú. Es decir, que nada servirá de nada.

Los tres espías se quedaron mirando de nuevo fijamente a *Baby*, cuyo desaliento no podía ser más evidente. Simón-Miami encogió los hombros, de pronto.

—Bueno, mala suerte —dijo—… No será la primera información secreta que los rusos consiguen de Estados Unidos, del mismo modo que nosotros hemos conseguido muchas cosas de ellos. Es de suponer que no se acabará el mundo por eso.

—No siempre se puede ganar —intentó otro Simón consolar a la admirada, adorada *Baby*—. A veces, los otros tienen mejor juego.

—Y de todos modos —dijo el tercero—, ¿qué puede haber en ese microfilme? Por supuesto, nada vital. Será una pequeña

información sobre cosas sin importancia.

Ahora fue *Baby* quien miró de uno a otro. No les había dicho cuál era el contenido del microfilme, y, por el momento, no pensaba decirlo. ¿Para qué darles a sus queridos Simones un susto semejante?

—Claro —asintió, intentando sonreír—… Por supuesto, no debe de ser nada demasiado valioso. Pero siempre fastidia la derrota.

—De cuando en cuando —sonrió Simón-Miami— una derrota es buena para recordarnos que existe la humildad.

—Hermosa frase —asintió *Baby*—. Bien, creo que lo mejor es retirar el cadáver de aquí, por el momento. Ya veremos más adelante qué hacemos con él. Lástima —movió la cabeza hacia Sergei Uruzov, que yacía en el suelo—: era un colega simpático, muy servicial y muy atento a su trabajo.

Hubo un cambio de miradas entre los Simones. Luego, sacaron el cadáver del saloncito, mientras Susan Palmer, ausente la expresión, encendía un cigarrillo… Estaba segura de que nada serviría de nada. Lo único que podría considerarse satisfactorio sería encontrar a Iulian y al comprobador, todavía con el microfilme encima. Lo demás, no valía la pena, pues ocurriese lo que ocurriese, el microfilme con los datos para la fabricación de la bomba de neutrones estaría en Moscú en menos de veinticuatro horas.

Y no parecía que hubiese modo de impedirlo.

Por eso, cuando casi a las doce de la noche se recibió por la radio la noticia de que el coche del vendedor traidor había sido localizado, a Brigitte *Baby* Montfort no la consoló demasiado.

Sin embargo, de todos modos, había que ir allí, naturalmente.

Capítulo V

—¿Está ahí? —Se sorprendió Susan Palmer.

El hombre que se había acercado al coche de Simón-Miami, y que se había sentado en el asiento de atrás junto a ella, asintió.

—Sin la menor duda… A menos que nuestros receptores funcionen mal o usted colocase un emisor cuya onda no sea la que nos indicó. Lo cual —se apresuró a añadir— no creo que sea posible, ¿verdad?

Susan palmer estaba mirando hacia la casa, es decir, hacia el fondo del jardín de la hermosa quinta sita en una tranquila avenida de Di Lido Island, del grupo de las Venetian, en Biscayne Bay, posiblemente la zona más lujosa de toda el área de Miami. Por entre los árboles del amplísimo jardín llegaba el resplandor de las luces de la casa; y, muy suavemente, la música.

—Parece que están de fiesta —murmuró.

—Por aquí solo viven multimillonarios —dijo Simón-Miami, sentado a su izquierda—. De modo que tienen motivos para celebrar fiestas. Cualquier pretexto es bueno para pasarlo bien.

—¿Sabemos de quién es la quinta?

El agente que representaba al grupo que había localizado el coche, asintió.

—Llamé a la *station*, indicando la dirección de la casa. El propietario es un millonario importador de frutas que al parecer tiene amistades en nuestras altas esferas. No me sorprendería nada que alguna de nuestras organizaciones hubiese utilizado sus canales de transporte y sus contactos en alguna ocasión. Su nombre es Marion Chapman. Naturalmente, lo están ya investigando a fondo.

—¿El coche es de él?

—Todavía no lo sabemos. Siguiendo sus instrucciones, nos hemos limitado a localizarlo, pero no hemos entrado ahí; en estos momentos deben de estar muy entretenidos, de modo que si quiere

podemos entrar y buscar el coche. Será fácil localizarlo, puesto que usted nos dijo el modelo y que llevaba la matrícula de atrás manchada de barro.

—Yo entraré. ¿Todavía funciona el emisor?

—Funcionaba hasta que usted llegó. No hay dudas.

—De acuerdo. Esperen aquí. Les llamaré si los necesito.

—Pero…

—Entraré sola.

Se apeó del coche, y se dirigió hacia las verjas de la quinta, que estaban abiertas de par en par. Un criado de la casa apareció ante ella cuando había dado unos pocos pasos por el sendero que llevaba a la casa.

—¿Diga, señorita?

—Traigo un recado urgente para el señor Chapman. Supongo —sonrió— que está en la casa.

El hombre también sonrió. ¿Cómo no contagiarse de la sonrisa de tan encantadora muchacha?

—Por supuesto que está —asintió—. Pero si usted me dice de qué recado se trata, con mucho gusto yo mismo…

—No creo que el señor Chapman aprobase eso. Si no le importa, se lo daré personalmente. A menos —volvió a sonreír— que usted piense que soy una… intrusa que viene a robar las joyas de las elegantes invitadas.

El hombre emitió una risita, y señaló hacia las luces.

—Bueno, siga por el sendero. Encontrará algún compañero mío que avisará al señor Chapman.

—Muchas gracias.

Siguió adelante. La casa apareció pronto en toda su visión, grande, blanca, magnífica. La música se oía con más nitidez. Pero, tal como le había parecido en la distancia, no era bailable, sino… Sí, era de Brahms. Violín y piano, Brahms. Se imaginó a los muy elegantes invitados escuchando a dos músicos, en silencio, muy serios…

Naturalmente, delante de la casa había una amplia explanada donde estaban estacionados los coches de los invitados, y Susan Palmer, tras asegurarse de que nadie la veía desde la casa, se dirigió hacia allí. El coche en cuestión ya no podía ser difícil de localizar: un Chevrolet último modelo, de color oscuro… que tenía manchada

de barro la matrícula de atrás.

Solamente había un vehículo del modelo y color que buscaba, y, tras él, Susan Palmer se quedó mirando la matrícula. No estaba manchada de barro. Susan se acuclilló junto al vehículo, abrió su maletín, y sacó de él la pequeña linterna-bolígrafo, que encendió, dirigiendo su luz hacia la placa de la matrícula. Con la mano izquierda, rascó un poco en un ángulo de la placa. Luego, se quedó mirando la pequeña cantidad de barro que había quedado entre la uña y la yema del dedo. Hay gente que ni siquiera sabe limpiar bien una matrícula sucia de barro…

Apagó la linterna, la guardó, y se incorporó. Rodeó el coche, echando una mirada hacia el interior. No había nadie, cosa que no era sorprendente, por cierto. Para asegurarse definitivamente. Susan Palmer decidió echar un vistazo al interior del coche, en la parte de atrás. Si allá, encajado entre el respaldo y el asiento, encontraba el pequeño emisor de señales, cualquier duda quedaría disipada definitivamente.

Abrió la portezuela, entró rápidamente en la parte de atrás del coche…, y sus pies pisaron algo que no era el piso del vehículo. Era algo blando y desigual. Miró hacia el piso del vehículo, allá donde habían quedado sus pies. Luego, miró más hacia la otra portezuela, y al resplandor de las luces de la casa vio los desorbitados ojos del hombre que yacía a sus pies.

Sin alterarse en absoluto, *Baby* volvió a sacar su linternita, y apuntó la luz a las facciones del hombre, mientras pensaba que al abrir ella la portezuela debió de encenderse la luz del interior del vehículo… Pero no. No. Debía de haber sido estropeada con anterioridad de modo que tampoco se encendiera cuando ella y Uruzov entraron en el coche en aquella carretera, para que no pudiesen ver nada. Muy bien. La luz de la linterna quedó fija en el rostro del hombre cuyos desorbitados ojos indicaban inequívocamente la muerte. Bajó el pequeño círculo de luz, y esta se reflejó en las oscuras manchas de sangre que destacaban en un lado de la blanca camisa.

No conocía al hombre. Pero sabía quién era: era el traidor, el vendedor del microfilme. Estaba claro que el colega Iulian había pasado por allí antes que ella. Mala suerte. Sobre todo, para el traidor asesinado para que no dijese cuanto pudiese saber sobre

cómo y con quién había llegado a un trato para la venta de los datos sobre la bomba de neutrones.

Pista cortada.

Susan Palmer metió una mano allá donde horas antes había colocado el emisor. Sus deditos lo localizaron enseguida. La retiró, lo miró, movió la cabeza, y volvió a colocarlo en el mismo sitio… Al mover la luz sobre el asiento, vio la billetera, tirada de cualquier modo, abierta. Completamente convencida de que no iban a encontrar en ella ninguna huella que pudiese servirles de nada, Susan Palmer tomó la billetera, y examinó su contenido. Por supuesto, el cheque por un millón de dólares contra un banco suizo ya no estaba en la billetera. Y tampoco había dinero alguno.

«—Fantástico —se dijo la espía—: vienen aquí, asesinan a un hombre, y le quitan el dinero que pudiese llevar encima, para que la policía, o quien sea, crea que el móvil ha sido el robo. Claro está, Iulian contaba con que yo iba a morir, y que no podría decir nada en sentido contrario. Vulgar, pero evidente…, aunque no deja de ser fantástico pensar que un hombre ha venido a una fiesta para robar a uno de los asistentes. Pero… ¿qué otra cosa podían pensar, si yo estuviese muerta y no pudiese aclarar nada? Aunque… ¿por qué meter al hombre dentro del coche? ¿Y cómo lo atrajeron hasta aquí? Porque dudo mucho que fuese casualidad que él viniera… Y a todo esto: ¿quién es este hombre?».

Había documentación suficiente en la billetera para obtener respuesta: el hombre se llamaba Robert James Dogherty, había nacido en Richmond, Virginia, y tenía sesenta y dos años. En un lado de la billetera, a través de la lámina transparente se veía una fotografía en colores de dos niños: un niño y una niña. Al pie de la foto, con graciosa letra infantil, ponía: «Con muchos besos para nuestro abuelito Bob. Christie y Jimmy».

Susan Palmer se quedó mirando los infantiles rostros sonrientes. La niña debía de tener ocho años, y el niño cinco o seis. Bien, se habían quedado sin su abuelito Bob…, y Estados Unidos se había quedado sin su secreto sobre la bomba de neutrones. La pregunta era: ¿quién había perdido más, Estados Unidos o aquellos dos niños?

Dejó la billetera donde la había encontrado. Salió del coche, abrió la puerta delantera derecha, y entró, sentándose en el asiento

contiguo al del conductor. Abrió la guantera, y dirigió la luz de la linternita hacia el interior. Lo primero que vio fue la pequeña linterna. Luego, un par de guantes negros, de fina piel. Lo que no vio fue la media de nylon con la que el tal Robert James Dogherty se había cubierto el rostro. Bueno, la habría tirado, por supuesto, no era cosa de andar por ahí con una media de señora en la guantera… En cambio, un par de guantes y una linterna no podían sorprender a nadie.

Y pensándolo bien, tampoco ella debía sorprenderse por haber encontrado al hombre dentro del coche. Sencillamente, Iulian se las había arreglado para comunicarse con Dogherty, le había pedido que se reuniese con él fuera de la casa, habían entrado ambos en el coche, y… tres o cuatro disparos silenciosos habían resuelto la cuestión. Los muertos no hablan.

«—Pero yo no estoy muerta —se dijo *Baby*—, de modo que, en este sentido, los rusos no se han salido con la suya de mantener en secreto que disponen de los datos para la fabricación de la bomba… No es mucho, pero, cuando menos, podré decir en Washington que, otra vez, los rusos han conseguido de nosotros lo que querían. ¿Y ahora? ¿Qué va a pasar ahora? Puesto que nosotros sabemos que ellos podrán disponer en breve de la bomba de neutrones, podemos hacerles… serias advertencias. Todo será muy hostil y complicado, precisamente en estos momentos en que nuestras relaciones vuelven a estar muy tensas, pero es posible que se llegue a algún acuerdo. Ahora bien: ¿qué habría pasado si nosotros no estuviésemos enterados de que ellos han conseguido la bomba?».

Se estremeció. Pero no…, la Humanidad, fuese rusa o americana, no podía estar tan loca. ¿O sí? Sí, lo estaba; y lo demostraba el hecho simple y escueto de que la tal bomba hubiese sido fabricada. Todos estaban locos. Todos. Rematada y absolutamente locos.

Brigitte *Baby* Montfort recurrió a su radio de bolsillo.

—¿Simón?

—Sí, dígame.

—He encontrado al traidor.

Marion Chapman, el propietario de la hermosa quinta, era un hombre alto, atractivo, fuerte, de unos cuarenta y cinco años. Un

gigante sólido, bronceado, poderoso. Pero, en aquellos momentos, apenas las siete de la mañana, aparecía derrotado, ojeroso, pálido, aniquilado por la tensión nerviosa.

—Pero ¿cómo quieren que se lo diga? —Casi gritó, con voz chillona—. ¡Yo no sé nada de lo que pudo ocurrir! ¿Qué culpa tengo yo de que hayan matado a un hombre en mi casa? Escuchen: había aquí invitados muy importantes, gente muy conocida, gente que no tiene por qué complicarse la vida con nada. Había incluso dos senadores, ya les he dado sus nombres… ¡Dos senadores! Y estaba el gobernador de Miami. ¿Qué más puedo decirles? ¡No sé nada!

De pie frente a él, Susan Palmer y Mr. Cavanagh (este llegado en avión privado hacía poco más de una hora), escrutaban atentamente a Marion Chapman.

Tanto Susan Palmer como Mr. Cavanagh tenían la suficiente experiencia y poder de penetración para saber que aquel hombre estaba diciendo la verdad. En principio, Susan Palmer había intentado llevar adelante el asunto con la máxima discreción, pero había sido inevitable que algunos invitados encontrasen a faltar a Robert James Dogherty, comenzaron las preguntas, se interesaron por aquella mujer y los tres hombres que habían llevado aparte al dueño de la casa, vieron cómo los criados eran reunidos, interrogados… Las cosas aún se complicaron más cuando llegaron más hombres en varios coches, y, con la mayor discreción posible dadas las circunstancias, parecieron ocupar poco menos que militarmente la quinta de Marion Chapman. Finalmente, los invitados recibieron la indicación de que se les agradecería mucho que abandonasen la casa…, no sin haber sido todos identificados. Y por último, cuando Chapman se estaba derrumbando ante las preguntas tajantes e incesantes de la muchacha de los ojos verdes, llegó el hombre alto, de fría mirada, melena de león, y que cojeaba ligeramente. Entonces aún fue peor para Marion Chapman, porque el hombre recién llegado se hizo cargo del interrogatorio directamente, enfocándolo de modo distinto, pero con la misma intención de fondo que la muchacha de los ojos verdes…

—Está bien, señor Chapman —murmuró por fin Cavanagh—… Nosotros conocemos a todos sus invitados, y serán investigados.

—Pero ¿por qué? ¡Todos son muy conocidos, son personas honradas, algunos tienen altos cargos…! ¿Qué esperan que yo les

diga de ellos, qué esperan encontrar? ¿Y de mí? ¿Qué esperan de mí? Ya les hemos dicho todo lo que sabemos… ¿Qué más quieren? Uno de mis criados ya les ha dado la explicación sobre los motivos que tuvo Dogherty para salir de la casa, ¿no es así?: alguien le llamó por teléfono, mi criado avisó a Dogherty, y acto seguido este salió de la casa. Luego, fue encontrado muerto en su coche… ¡Eso es todo lo que sabemos!

—Eso, aparte de que usted sabía que Robert James era un importante científico, ¿no es cierto?

—¡Claro que lo sabía! Pero no era yo el único en saberlo, ni mucho menos. Supongo que, prácticamente, lo sabían todos. No era ningún secreto que Dogherty tenía un puesto importante, muy importante, bajo el patrocinio del Gobierno.

—¿Pero no sabe usted qué puesto exactamente?

—No… Eso no.

—Nosotros, sí. Y nos gustaría saber por qué un hombre como Dogherty fue invitado a la fiesta de usted.

—¡Se lo he dicho ya!

—Sabemos que Robert James Dogherty no era aficionado a acudir a fiestas, señor Chapman. ¿Por qué sí acudió a la suya?

—No lo sé… El senador Starwell era un gran admirador de Dogherty, estuvimos hablando de él hace unos días. Me sugirió que era un hombre digno de figurar en mi fiesta, muy inteligente y bien relacionado… Escuche, si hay algo que a mí me beneficie para mis negocios es estar bien relacionado, ¿comprende? De modo que invité a Dogherty a la fiesta.

—¿Y no le sorprendió que él, que casi nunca aceptaba invitaciones, aceptase la suya?

—No pensé en ello. Le mencioné al senador Starwell, y supongo que eso le decidió: posiblemente, consideró mi fiesta lo bastante seria para él. Y lo fue. Yo no doy fiestas… tipo orgía, sino fiestas serias, de alto nivel. ¡Puede usted convencerse de ello examinando la lista de mis invitados! Y en cuanto a mí, ¡maldita sea, investígueme del modo que prefiera, y se convencerá de que no tengo nada que ocultar, ni ninguna actividad extraña, ni…!

—Cálmese, señor Chapman —sonrió Susan Palmer—. Está usted reaccionando como si le estuviésemos acusando de algo, y no es esa la cuestión. Todo lo que nosotros pretendemos es aclarar un asunto

que resulta enojoso para todos…, y trágico para la familia del señor Dogherty.

—Sí… Bueno, lo siento, no pretendía gritar… Pero es que no puedo ayudarles, no sé nada de lo que ustedes preguntan. En realidad, ni siquiera entiendo lo que me preguntan, no comprendo la intención de sus palabras…

—De acuerdo, de acuerdo. Lo dejaremos por hoy. Nosotros no pretendemos…

Susan Palmer calló, y se quedó mirando al agente de la CIA que había aparecido precipitadamente en el salón de la quinta. El agente captó la mirada de *Baby*, y señaló a Cavanagh. *Baby* indicó a Cavanagh que uno de los Simones quería hablar con él, y Cavanagh, con su característica cojera, se desplazó hacia la puerta del salón. Estuvo escuchando al hombre durante un par de minutos. Luego, lo despidió, y se volvió a mirar a Susan Palmer, a la que hizo una seña. Cuando esta se reunió con él, Cavanagh murmuró:

—Tenemos a Igor Vanikian.

La espía lanzó una exclamación.

—¿El que nos facilitó la información sobre Karina Kitcharian y que a cambio de ello quería quinientos mil dólares? ¡Bien! ¿Cómo han podido atraparlo, dónde…?

—En Ottawa. La policía canadiense lo encontró. Llevaba colgado del cuello un cartelito que decía «Mi verdadero nombre es Igor Vanikian».

Baby comprendió en el acto.

—¿Muerto? —susurró.

—De dos balazos en la nuca.

—¿Dónde y cómo lo han encontrado?

—Apareció muerto en la carretera que conduce al aeropuerto, tirado en la cuneta. Llevaba bastante dinero encima, documentación a nombre de Pierre Guélin, canadiense, y un pasaje de avión para un vuelo directo a Ciudad México. Como es natural nuestros hombres en Canadá y en toda la zona fronteriza, que estaban buscando a Igor Vanikian, se enteraron de esto, y fueron allá. Llamaron a la Central para pasar el informe, y desde la Central me han pasado el informe a la *station* de Miami.

Susan Palmer asintió, y quedó pensativa. Por fin, movió la cabeza con gesto de desaliento.

—Es decir, que todo lo que tenemos es a esa chica rusa, la pobrecilla Karina Kitcharian. No es gran cosa, ¿verdad?

—También me han informado sobre Robert James Dogherty —gruñó Cavanagh, que no podía estar más sombrío—… Era uno de los principales constructores de… del artefacto ese de neutrones. Conocía la bomba a la perfección, y por supuesto tenía acceso a toda clase de información complementaria sobre la bomba: posibles usos, sistemas de fabricación en serie, costo de cada bomba… Robert James Dogherty podía explicar la bomba de neutrones con la misma facilidad y fidelidad con que la señorita Montfort podría explicar la vida y aventuras de la agente *Baby*.

—En definitiva: no hay duda de que los rusos han conseguido la bomba de neutrones.

—Ninguna duda. En cuanto a nosotros, como usted ha dicho, solo tenemos a esa muchacha rusa, la Kitcharian, la cual ni siquiera sabía lo que venía a recoger en Miami. Todos los demás que podían hablarnos con más profundidad sobre el asunto, o han muerto, como Robert James Dogherty, Igor Vanikian y Sergei Uruzov…, o han escapado, como el tal Iulian, su compañero al que usted hirió, y ese comprobador, que por supuesto debía de ser un científico ruso sobradamente cualificado para valorar la autenticidad del microfilme que Dogherty filmó para la venta. Yo diría que todo está hecho, dicho y perdido. Y ni siquiera nos queda el consuelo de descuartizar a la muchacha rusa, lo cual, aparte de ser una barbaridad inútil, ni siquiera sería justo.

—Claro que no.

—Bien… No hay más que hablar. Me pregunto qué vamos a hacer con la muchacha rusa. Supongo que nos servirá para algún canje…

—No. Déjela marchar, señor. Que vuelva a Rusia.

—¿Cómo dice?

—Que la dejaremos marchar. Pero no ahora… No, todavía no. Antes quiero seguir hasta el final la última pista que me queda.

—¿La última pista? —exclamó Cavanagh—. Por el amor de Dios… ¿tiene usted una pista?

—Estoy segura de que tiene que haber varias, pero de momento solo se me ocurre una. Y mientras yo me ocupo de eso, usted dirigirá toda la investigación aquí, la redacción de los informes,

la…

—¡Sé muy bien lo que tengo que hacer! —Casi se irritó Mr. Cavanagh con su agente favorita—. ¿Cuál es esa pista que tiene usted… y adónde cree que puede conducirla? ¿A recuperar el microfilme, quizá?

—Quizá —sonrió Brigitte *Baby* Montfort—… Aunque no lo creo, francamente. En realidad, solo se trata de que a mí no me gusta cómo parece haber terminado este asunto, y quiero seguirlo hasta el final.

—Pero… ¿qué final? ¿Qué pista es esa?

—Es solo una posibilidad. Es una pista muy sencilla, fácil, yo diría que incluso ingenua, pero…

—¡¿Qué pista es esa?! —bramó Cavanagh.

Capítulo VI

Se llamaba Ettore Mogliani, tenía dinero suficiente para comprar Roma entera si le venía de capricho, pero se conformaba con vivir en la capital italiana como un rey. Mejor dicho, como un sultán. A sus cincuenta años, Ettore Mogliani tenía una sola debilidad conocida: las mujeres.

Pero no cualquier mujer, no. Solo las mejores. Por eso, su magnífica residencia, un palacete antiguo en Via Aurelia Antica, junto a Villa Doria Pamphili, y con vistas al Vaticano, estaba llena de mujeres. Es decir, de chicas espléndidas, jóvenes, alegres, divertidas… y, sobre todo, complacientes. A fin de cuentas, para eso estaban allí, en el palacete del poderoso Ettore Mogliani: para ser complacientes con su amo y señor. Mogliani se conservaba bien, pese a estar un tanto obeso. Se cuidaba como si pretendiese vivir quinientos años por lo menos: manicura, masajes, sauna, buenas comidas, algo de deporte… Pero pese a todo, seguía algo gordo. La excesiva buena vida, ya se sabe.

Era simpático. Sí, Ettore Mogliani era simpático, amable, atento, cordial. Como él solía decir, habría sido una imbecilidad vivir sumergido en el malhumor teniendo todo lo que tenía. Es decir, todo lo que el mundo podía ofrecer. De modo que era simpático. Por eso, aunque algo gordo, algo calvo y algo torpe, sus *huríes*, como él las llamaba, lo pasaban bien con él. A decir verdad, casi lo adoraban, porque además de simpático era generoso y comprensivo. Cualquiera de las bellas huríes del palacete se habría sorprendido muchísimo si hubiese sabido a qué se dedicaba Ettore Mogliani y de dónde sacaba las fabulosas cantidades de dinero con que les compraba regalos de toda clase: joyas, ropas, coches… A cambio, Ettore solo pedía eso: que fuesen complacientes y sensuales. Y por supuesto, liberadas. Él podía pedirles lo que quisiera, y ellas tenían que hacerlo, aunque en algún momento les pareciese una

aberración sexual. De todos modos, como eran muchas, se iban turnando en los «caprichos especiales» de Ettore, y la cosa no resultaba tan difícil.

A veces, incluso les resultaba agradable.

Por ejemplo, aquella tarde Ettore había reunido a seis de las chicas en el «harén», y les había pedido que se amasen entre ellas, mientras él, cómodamente sentado en un montón de almohadones, las contemplaba retozar completamente desnudas, y haciendo filigranas amatorias. Esto le encantaba. Le fascinaba ver aquellos hermosos cuerpos que parecían de seda mezclados en múltiple abrazo, y se iba excitando más y más a medida, que las chicas se iban besando más a fondo, acariciándose unas a otras, llegando a contactos verdaderamente comprometidos que ocasionaban auténticas satisfacciones sexuales entre ellas.

Sí, esto fascinaba a Ettore Mogliani. Miraba, miraba, miraba todo, pedía que le mostrasen tal cosa, que hiciesen tal cuadro ante sus narices, metía sus manos por todas partes, besaba y mordía, y, por fin, ya excitado como un macho cabrío, saltaba en el centro del grupo de huríes y tomaba el mando del asunto. Era un poco rudo, algo torpe, sí, pero insaciable. La primera información que recibía una nueva hurí cuando llegaba al palacete, era esta: Ettore nunca se cansaba de funcionar sexualmente.

Por ejemplo, aquella tarde, tras contemplar el juego lésbico de sus chicas y excitarse convenientemente, había saltado sobre ellas, y, en un abrir y cerrar de ojos, había poseído a dos, una tras otra, velozmente. Luego, se había calmado un poco, y a la tercera le había dedicado casi tres minutos. Con la cuarta, la cosa alcanzó un cierto refinamiento, pues mientras Ettore la poseía, las demás lo acariciaban y se acariciaban entre ellas. Metido en el triángulo que formaban las hermosas piernas de la cuarta chica, presionándola con su vigor masculino, Ettore cabalgaba bufando sobre su vientre, en busca de la cuarta complacencia de la tarde…, que llegó pronto. Entonces, Ettore jadeaba y mordía, y parecía estallar de satisfacción…

Al llegar a la quinta chica, Ettore solía empezar a fantasear, pidiéndoles posiciones variadas. Con la sexta, la cosa llegaba ya al refinamiento total, pues él se tendía sobre la gruesa alfombra, y tenía que ser la sexta chica, ayudada por las demás, la que le

proporcionase la llegada de la felicidad… Ciertamente, contemplar una de las sesiones de Ettore Mogliani era toda una experiencia.

Luego, conseguido el sexto placer, Ettore se iba a su dormitorio, se bañaba placenteramente en su cuarto de baño que más parecía un salón con una pequeña piscina, pedía un masaje, se tomaba un *whisky* doble…, ¡y a empezar la noche!

Por la noche, Ettore Mogliani olvidaba a las mujeres. Por la noche era cuando él ganaba dinero, mucho, muchísimo dinero. Unas veces era en ambientes elegantes, y otras en lugares sórdidos. No importaba: allá donde hubiese una lira a ganar, allá aparecía Ettore Mogliani.

¿Cómo ganaba el dinero Ettore Mogliani? De mil maneras, y, por supuesto, todas ellas sucias. Por ejemplo, cuando una chica ya la tenía demasiado vista y usada, la vendía a ciertos mercaderes que la hacían desaparecer para siempre en algún lugar de África. Más negocios del «simpático» Ettore Mogliani: compra-venta de armas, reclutamiento de mercenarios, asesinatos por encargo, contrabando de drogas, negocios con pasaportes falsos, preparación de orgías increíbles para clientes que buscaban discreción al precio que fuese, negocios de «protección» amparados por cierto sector de una supuesta Mafia; conexiones con el homosexualismo europeo de altos vuelos…

¡Bueno! ¿Para qué seguir? Si había alguien en Italia que mereciese que le cortasen el cuello con una sierra, ese era el simpático Ettore Mogliani, cerebro director y jefe indiscutible de una organización criminal que abarcaba cualquier clase de delito social, moral, físico y económico.

Sin embargo, no era fácil cortarle la cabeza a Ettore Mogliani, porque siempre estaba muy bien protegido. Discretamente, pero muy bien protegido, porque cuando encontraba algún sujeto especial, que además de ser peligroso y valiente, fuese inteligente, lo incorporaba a su guardia de corps. Así, fuese adonde fuese, Ettore tenía siempre cerca de él, unos muy cerca y otros algo más alejados, diez o doce hombres armados, atentos a todo, y capaces, cada uno de ellos, de destrozar media docena de hombres corrientes solo con sus manos. No se podía estar mejor protegido.

Pero…

Siempre hay un «pero». O, si se prefiere, una debilidad… ¿Y cuál

era la debilidad de Ettore Mogliani? Ya ha quedado explicado: las mujeres. Las mujeres jóvenes, hermosas y de calidad.

Como la del Ferrari deportivo de color plateado.

Ettore Mogliani la conoció aquella noche en que, después de su orgía con las bellas huríes, bajó al centro de Roma para atender sus «negocios». Uno de esos negocios tenía que concretarse en un club llamado Il Leone, sito en la famosa y elegante Via Vittorio Veneto, junto a Villa Borghese.

La cosa sucedió así…

Ettore Mogliani llegó ante Il Leone en su Mercedes de color blanco impecable, llevando detrás otro Mercedes, pero de color oscuro, en el que iban cuatro de sus hombres de protección. Al llegar ante Il Leone, el chófer de Mogliani frenó, suavemente, pues a Ettore le molestaban mucho, muchísimo, las brusquedades.

Y entonces, justo cuando Ettore se disponía a apearse, apareció el Ferrari plateado, sorteando hábilmente el coche de los hombres de Ettore, que estaba reduciendo la marcha. La maniobra del conductor del Ferrari fue buena, aunque un tanto audaz al adelantar al Mercedes oscuro. Luego, ya no pudo controlar bien su coche, cuyas ruedas rechinaron con el frenazo un instante antes de que el Ferrari embistiese por detrás el inmaculado, elegante y carísimo Mercedes de Ettore Mogliani.

Consecuencias: Mogliani tuvo que sentarse de nuevo, con tal brusquedad que acto seguido rebotó en el asiento y salió disparado hacia el delantero, echándose encima del chófer y del otro hombre que viajaba a su lado, y, finalmente, aturdido, quedar de nuevo sentado en el asiento de atrás, con la cabeza dándole vueltas. Todo esto, acompañado del inquietante crujido de cristales, chapa metálica, rechinar de neumáticos…

El chófer, cuyo humor era pésimo, porque en uno de los rebotes se había clavado el volante en el pecho, se volvió hacia su amo y patrón, preguntando alarmado:

—¿Está usted bien, señor…?

Ettore Mogliani comenzó a maldecir. Su boca se convirtió en una cloaca por la que brotó un torrente increíble de suciedad. Mientras tanto, los cuatro hombres del otro Mercedes habían salido de este a toda prisa, y, mientras dos de ellos se disponían a darle una cumplida lección al conductor del Ferrari, los otros dos acudían a

cerciorarse de que su jefe estaba bien, y, comprobado esto, se dispusieron a ayudarle a salir del coche.

—¡Dejadme! —Aulló Ettore—. ¡Quitadme las zarpas de encima, maldita sea vuestra madre…! ¡Apartaros, voy a salir a romperle la cara personalmente a ese hijo de puta que…!

Salió del coche hecho una furia, dando manotazos para apartar a sus solícitos guardaespaldas, y pareció rodar hacia el Ferrari, del cual, con la ayuda de los otros dos guardaespaldas, salía el conductor.

Es decir, la conductora.

Ettore Mogliani, que llegaba lanzando sapos y culebras por la boca y blandiendo los puños, se calló bruscamente al ver a la mujer, y se detuvo tan en seco que casi rodó hacia delante de verdad.

Sus desorbitados ojos captaron en una fracción de segundo la calidad de la mujer. Alta, de cabellos largos y negros, ojos que relucían como los de una gatita furiosa a las luces de la avenida, vestida con elegancia, con un cuerpo bellísimo y exquisito…

Era tan delicadamente hermosa que Ettore Mogliani quedó mudo de la impresión, de la incredulidad.

Pero no así la mujer del Ferrari, que, echando chispas por sus verdosos ojos, blandió las blancas y bellísimas manos ante él, comenzando a increparle en francés:

—¡Criminal! —gritó la muchacha—. ¡Es usted un criminal, un salvaje, un… un…!

—¡Un momento! —Pudo reaccionar Mogliani, descompuesto el rostro—. ¿Quién es aquí el criminal y el salvaje? ¡Usted ha sido quien ha embestido mi coche como una loca…!

—¡Le voy a denunciar! ¡Y el loco lo es usted, y es un… un… un bruto…!

—¡Ha sido usted quien lo ha hecho todo! ¿Me va a denunciar? ¿Usted a mí? ¡Muy bien, hágalo! ¡La van a meter en la cárcel para toda la vida, por imprudente! ¡Y yo me las arreglaré para que le retiren el permiso de conducir! ¡Jamás volverá usted a agredir a nadie!

—Pero… pe-pero… ¿Quién se ha creído que es usted? —Parecía ahogarse de indignación la muchacha—. ¿Quién se ha creído que es…? ¡Usted no tenía derecho a detenerse aquí, esta vía no permite las paradas ni los estacionamientos!

—¡Yo me paro donde me da la…!

Ettore Mogliani se calló. La gente se había arremolinado en torno a ellos, y comentaban lo sucedido. Llegaban opiniones para todos los gustos, pero el conjunto, de pronto, favorecía a la muchacha. Cierto y muy cierto: Ettore no tenía derecho a pararse allí en las condiciones en que lo había hecho, quedando oculto a la visibilidad de la muchacha por el otro Mercedes. Via Veneto se convirtió en un caos cuando los demás conductores, impacientes por la obstrucción, comenzaron a hacer sonar sus claxons. La gente gritaba, el ruido era infernal…

Como compensación, la muchacha del Ferrari y Mogliani se callaron, y se quedaron mirándose, primero todavía airadamente, pero, de pronto, ella sonrió, y Ettore Mogliani sintió una sacudida en todo su recio cuerpo. Apareció un guardia de tráfico, captó la situación, y se dispuso a entendérselas con la muchacha. De momento, ella era la que había chocado por alcance del otro coche, de modo que…

—Espere, espere —se hizo entender Mogliani, tomando de un brazo al guardia—… Un momento, por favor. ¿Le parecería bien que la señorita y yo llegásemos a un acuerdo?

—Por supuesto, señor. Pero el informe de…

—Mire, creo que convendría que usted se ocupase de poner un poco de orden en el tráfico, ¿le parece bien? Mis amigos sacarán los coches de aquí, y yo hablaré con la señorita. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Mogliani soltó el brazo del guardia, se acercó a la muchacha, y se permitió la misma familiaridad, llevándola hacia la acera. Ella miró la gruesa y fuerte mano que ceñía su brazo desnudo, miró a Ettore, frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Bueno, vamos a ver —dijo Mogliani, una vez en la acera ambos—… ¿Le parece posible que lleguemos a un acuerdo?

—¿Es usted francés?

—No, no. Soy italiano… Pero al oírla hablar en francés… ¿Usted sí es francesa?

—Sí. Llegué hace dos días de París… Mire, señor, el coche es alquilado, y aunque naturalmente contraté el seguro adecuado…

—No se preocupe por eso… ¿Está usted bien?

La muchacha parpadeó, como desconcertada por el cambio de

actitud del hombre, que la contemplaba amablemente. Volvió a sonreír, de aquel modo que hizo brincar la sangre de Ettore Mogliani.

—Me duele un poco el pecho —dijo—… Supongo que me he golpeado contra el volante a pesar de que he tensado los brazos al ver su coche detenido. Mire, detenerse en una vía como esta…

—Tranquilícese. Vamos a dar por olvidado el incidente, si le parece bien.

—Bueno, pero es que…

—De verdad, olvídelo. Yo me encargaré de todo. Llevaremos los dos coches a un taller cuyo propietario es amigo mío, y todo terminará a satisfacción de ambos.

—Bueno, pero si yo tengo que pagar la reparación…

—No, no, no… No me ha entendido usted, señorita: yo corro con todos los gastos.

—¿De veras? Bueno, señor, es usted muy amable… Vaya, siento mucho haberle llamado criminal…

—Y salvaje —rio Ettore—… ¡Y bruto!

—Sí… Me temo que he sido un poco… grosera.

—Yo también. Y en un hombre es mucho menos disculpable, ante una dama tan encantadora. Bien, si me dice su nombre y dónde puedo encontrarla, la avisaré cuando su coche esté reparado. No vale la pena molestarse con compañías de seguros y esas cosas.

—Pero usted va a salir perjudicado, señor…

—Mogliani. Ettore Mogliani, para servirla… de verdad.

—Gracias —ella sonrió de nuevo—… Bueno, me parece que ya se me ha pasado el susto, señor Mogliani. Oh, mi nombre es Monique… Monique Lafrance. Estoy alojada en el hotel Commendatore.

—Ah, un lugar agradable, sí… Elegante y confortable. Mire, señorita Lafrance, con gusto la acompañaría a su hotel con el otro coche, pero…

—¿Qué otro coche? ¿Quiere decir que el otro Mercedes también es de usted?

—Sí. Y tengo algunos más…, dicho sea como simple información. Emmm… Ah, sí: como le decía, la llevaría con gusto, pero tengo una cita con un amigo ahí —señaló el club Il Leone— y llegaba con el tiempo justo, de modo que no puedo acompañarla.

Pero, si lo permite, uno de mis amigos la llevará al hotel. ¿O no iba usted al hotel?

—Pues sí, iba hacia allí, pero no quisiera molestar…

—Nada de eso, nada de eso. Y no se preocupe tampoco por el guardia: mis amigos se encargarán de él. Lo importante es que ninguno hemos sufrido mal alguno, ¿no cree?

—Sí… Claro. Vaya, es usted mucho más amable de lo que parecía, señor Mogliani. ¡Y habla muy bien el francés!

Se echaron a reír los dos. Ettore llamó a uno de sus hombres, le dio instrucciones, y poco después la señorita Lafrance partía en el Mercedes oscuro hacia su hotel, en cuya puerta fue dejada. Dos minutos más tarde, Monique Lafrance entraba en su habitación…, sin sorprenderse en absoluto cuando vio al hombre que la esperaba sentado en uno de los silloncitos del dormitorio. Un hombre que, sonriendo, mostró en alto una pequeña radio de bolsillo.

—Por lo que me han dicho nuestros compañeros que han asistido al contacto, todo ha salido bastante bien —comentó.

—Sí. Uno de sus guardaespaldas me ha traído en… Bueno, ya se lo han dicho, ¿no?

—En efecto. ¿Qué? ¿Se ha convencido?

—Sí. —Monique se sentó en el borde de la cama, encendió un cigarrillo, y murmuró—: Desde luego, va siempre bien acompañado. Un ataque directo, aunque diese fruto, sería demasiado arriesgado… para los transeúntes. Y no quiero que nadie inocente resulte herido.

—Es natural. En cuanto al palacete, ya le dije que no hay modo de entrar allá como no sea a lo violento. Y tendría que ser muy violento, porque los hombres de Mogliani son muy peligrosos, se lo aseguro. Claro que nosotros no somos precisamente unos angelitos, de modo que si no hubiese más remedio…

—No, no. Espero que la cosa funcione, Simón. Además, no se trata solamente de eliminar a Mogliani, sino de hablar con él a fondo sobre la cuestión que me ha traído a Italia.

—Sé muy bien que estoy hablando con *Baby*, claro —sonrió Simón-Roma—, pero aun así, tengo mis dudas sobre su plan. No se fíe de la apariencia de Mogliani: es un hueso muy duro de roer.

—Mis dientes siempre han sido fuertes —murmuró Monique—… ¿Seguro que ese sujeto no tiene conexión alguna con la MVD?

—Hasta donde nosotros sabemos, no. Y hace tiempo que le

tenemos echado el ojo a Mogliani, naturalmente. Es el cerdo más cerdo de todos los cerdos asquerosos del mundo…

—Quizás es precisamente por eso que los rusos no quieren saber nada con él.

—Quizá. De todos modos, desde que usted envió instrucciones desde la Central, lo estamos investigando todo más a fondo. Aunque personalmente lo dudo, es posible que encontremos alguna conexión entre Mogliani y la MVD. Muy dudoso, pero posible. ¿Por qué no? Nosotros también tenemos en todo el mundo «amistades» poco recomendables, como ese Mogliani.

—Sí… Bueno, alguna conexión debe de haber, puesto que la pista me ha conducido a Mogliani.

—Veremos qué pasa. Pero tenga muchísimo cuidado, *Baby*. No está usted jugando con ningún ser angelical.

—Bueno —sonrió Monique Lafrance—, él tampoco. De modo… Sonó una llamada a la puerta de la habitación.

Simón-Roma llevó instintivamente la mano hacia donde guardaba la pistola, mientras miraba sobresaltado a Monique Lafrance, que tampoco pudo evitar un leve gesto de sobresalto. Inmediatamente, señaló el gran armario, y el jefe de la CIA en la zona de Roma se apresuró a dirigirse al mueble.

Mientras tanto, Monique salió del dormitorio, cruzó el pequeño saloncito, y se colocó junto a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó en italiano.

—De la floristería del hotel, señorita Lafrance: flores para usted. —Monique parpadeó.

Luego, de pronto, sonrió.

¿Por qué no?

De ninguna manera tenía que asombrarse demasiado, al fin y al cabo era aquello lo que había ido a buscar a Roma…, y no tenía inconveniente en que las cosas sucediesen con rapidez.

Abrió la puerta, y, en efecto, vio ante ella al botones sosteniendo un gigantesco ramo de flores. El muchacho señaló la tarjeta que había entre las flores.

—Hay una nota —sonrió.

—Gracias… No tengo dinero encima. ¿Quiere pedir al conserje cinco mil liras para usted, y que las pongan en mi cuenta?

El botones se marchó, pensando en la excelente propina… y en

la belleza de la señorita Lafrance. Mientras tanto, esta, tras cerrar la puerta, regresó al dormitorio, fue hacia el armario, y dio unos golpecitos en la puerta. Simón-Roma apareció, y se quedó mirando con seca sonrisita el ramo de flores que Monique le mostraba, con amplia sonrisa.

—Demasiadas flores —movió la cabeza Simón—: indican dinero, pero no demasiado buen gusto.

Monique encogió los hombros, dejó las flores sobre la cama, y retiró la tarjeta, que leyó rápidamente, tendiéndola acto seguido a Simón, que la leyó a su vez.

Decía:

De parte del señor Mogliani, con su admiración y esperando verla pronto de nuevo.

Simón-Roma movió la cabeza con gesto admirativo.

—Bueno —dijo—, no sé lo que se podrá sacar de este asunto, pero sea lo que sea, desde luego usted lo conseguirá.

—Procure que nadie le vea salir, Simón —rio Monique Lafrance.

Capítulo VII

La llamada se produjo un poco antes de las diez de la mañana siguiente. A esa hora, Monique Lafrance estaba ya bañada, vestida, y dispuesta a abandonar la habitación. Se había propuesto esperar hasta las diez, y luego proceder como si no esperase llamada o visita alguna. Las cosas había que hacerlas con calma, dadas las circunstancias.

Pero el teléfono sonó.

—¿Sí?

—¿…?

—Sí, soy yo… Señor Mogliani… ¿Es usted?

—…

—No, no —rio—, le aseguro que no me ha despertado. Hace ya rato que estaba levantada. En realidad, me disponía a salir del hotel ahora mismo, pues tengo algunas cosas que hacer.

—¿…?

—Bueno, no creo que nada de lo que yo haga sea demasiado importante, pero naturalmente, tengo mi trabajo, y puesto que me han enviado a Roma con todos los gastos, pagados para hacerlo…

—¿…?

—Oh, ya le digo que no es nada importante: trabajo para una revista de París…

—¿…?

—¿Periodista? No, no exactamente. Digamos que soy una experta en Arte. Tengo a mi cargo esa sección en la revista, y estoy aquí para confeccionar un itinerario artístico para los lectores de nuestra revista que quieran venir a Roma a adquirir… cultura artística.

—…

—Sí… Sí, es un trabajo interesante, sin duda. Sobre todo, si realmente nos gusta el Arte.

—¿…?

—Sí, sí, no se preocupe. He dormido perfectamente, y no creo tener ningún… desperfecto digno de consideración. Solo me duele un poco el pecho. Nada importante.

—¿…?

—¿Con usted? ¿Adónde?

—…

Monique Lafrance lanzó una deliciosa exclamación.

—¿De verdad lo haría usted? ¡Oh, yo estaría encantada, naturalmente…! Bueno, no quisiera… Oh, supongo que usted debe de tener muchas cosas que hacer, señor Mogliani, así que…

—…

—Pero… ¡es usted tan amable! ¿De verdad no le perjudicaría dedicarme la mañana?

—¡…!

—Eso que ha dicho es encantador —rio Monique—… Bueno, si realmente no va a causarle molestias, estaría encantada, de veras.

—…

—Sí… De acuerdo. Hasta luego, señor Mogliani…

—…

—Pues… Bueno, ¿por qué no? —Volvió a reír—. Hasta luego, Ettore. Monique Lafrance colgó el auricular, y quedó pensativa. No quería preocuparse, pero tampoco quería menospreciar a nadie, ni siquiera a un cerdo como parecía ser Ettore Mogliani.

¿Todo era normal?

¿Lo había metido tan fácilmente en sus redes…, o el gordo italiano sospechaba algo y quería seguir el juego? Bien, fuese lo que fuese ella también estaba allí para hacer su juego. En cuanto a la partida, la ganaría el que mejor jugase, eso era todo.

Llamó por la radio de bolsillo.

—¿Simón?

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, naturalmente… ¿Por qué pregunta eso?

—Bueno, anoche chocó usted con otro vehículo, y aunque fuese a propósito y estuviese preparada para el golpe…

—Ah, es eso. No se preocupe: aunque no lo parezca, tengo brazos muy fuertes, así que pude contener adecuadamente el golpe. Eso ya está olvidado. ¿Sabe que acabo de realizar un contacto total?

Simón-Roma tardó un par de segundos en preguntar:
—¿Él la ha llamado?
—Así es. Se ha ofrecido a acompañarme durante mi recorrido artístico por la ciudad.
—Entiendo. Mire, no quiero parecerle ave de mal agüero, pero será mejor que tenga cuidado. En cuanto a nosotros, podemos seguirles en otro coche por si…
—No, no, de ninguna manera. No creo que Mogliani prescinda de sus guardaespaldas, así que los tendremos cerca en todo momento, y se darían cuenta de que ustedes nos seguían. No, no… Nada de eso. Lo que sí voy a rogarle es que disponga una guardia reforzada en torno al palacete de Mogliani; muchachos dispuestos a todo cuando me vean salir de allí en situación comprometida.
—Sí, sí… Bueno, ¿entiendo que piensa usted entrar en el palacete del cerdo?
—Caramba, Simón, ¡vaya una pregunta ingenua! ¡Naturalmente que pienso entrar ahí! Y por el medio más sencillo: invitada por el… cerdo. No me llame. Yo le llamaré a usted si le necesito.
Cortó la comunicación, guardó la radio en el maletín rojo con florecillas azules, agarró este, y salió de la habitación. ¡Vaya unas preguntas que hacía todo un jefe de zona de la CIA! ¿Dónde se relajaba el cerdo mejor que en su propia pocilga?

—Es preciosa —exclamó una vez más Monique Lafrance—… Ettore, tienes una casa preciosa, ¡preciosa!
—Un palacete —sonrió Mogliani, llevándola del brazo hacia uno de los salones de la planta baja—. Perteneció a no sé qué príncipe italiano hace no sé cuántos años; doscientos o trescientos, creo.
Monique Lafrance no se cansaba de mirar a su alrededor, admirada. Había algunos detalles en el palacete que ponían en evidencia el mal gusto artístico de Ettore Mogliani, pero ni siquiera este, con todo su dinero, había conseguido estropear totalmente la gran belleza del palacete. Simplemente, sobraban algunos muebles demasiado modernos, y había dejado pocos espacios limpios en las paredes, que aparecían atiborradas de cuadros… Cuadros de buenas firmas, eso sí.
—Debes… debes de ser un hombre riquísimo, Ettore…
—No me quejo. ¿Te gustaría beber algo?
Monique se dejó caer en uno de los grandes sillones, apartó por

fin la mirada del lujo que la rodeaba, y fijó su resplandeciente mirada en su anfitrión. Habían pasado el día recorriendo Roma en uno de los coches de Mogliani, un Bentley formidable…, seguidos siempre por el Mercedes oscuro al que Monique «no había visto» en ningún momento. Habían almorzado en Piazza, y luego habían proseguido su itinerario artístico: Museo del Capitolio, Plaza de San Pedro, Fontana de Trevi, Palacio de Venecia, una vuelta cerca del Coliseum, Basílica de Maxencio… El desorden del itinerario indicó a Monique, que por supuesto conocía Roma muy bien, que Ettore Mogliani no tenía una idea muy clara de los tesoros artísticos de la Ciudad Eterna. Ella podría haberle guiado a él por la ciudad, pero, naturalmente, se abstuvo tan siquiera de insinuarlo.

Luego, la invitación a su morada. Perfecto. Se había hecho rogar un poco, solo lo justo. Y allí estaba, en el gran salón, después de haber visto rápidamente el palacete, los jardines… Todo estaba saliendo bien. ¿Demasiado bien, quizá?

Se estaban mirando fijamente tras la pregunta de Mogliani, y Monique terminó por sonreír.

—Creo que bebería con mucho gusto una copa de champaña.

—Francés, naturalmente —sonrió también Mogliani.

—Supongo que sería demasiado pedir Dom Perignon —rio ella.

—Si no tengo Dom Perignon en mi bodega, despediré a mi jefe de servicios… después de darle una buena paliza.

El jefe de servicios del palacete se libró de la paliza y del despido; evidentemente, era hombre de mucho mejor gusto y más amplios conocimientos que su patrón, así que tenía la bodega surtida como correspondía a las riquezas de Mogliani. Había Dom Perignon. Y todavía más: estaba fresco del frío natural de la bodega, no de la brusca temperatura baja conseguida en un frigorífico.

—Delicioso —dijo Monique, a la que le había parecido demasiado pedir una guinda para el champaña—… ¡Está delicioso, Ettore!

—Gracias. Estaba pensando que quizás aceptarías ni invitación a cenar.

—Naturalmente que sí. Bueno, si de verdad no te estoy molestando. Me has dedicado todo el día, y…

—Puedo dedicarte todo el tiempo que haga falta. Mis negocios no se derrumbarán porque una noche los desatienda.

—Ah… ¿Trabajas de noche? Eso debe de ser agradable… ¿Qué clase de negocios? Seguramente, representaciones artísticas, o algo así; contactos con gente importante… ¿Acierto?

—Más o menos —rio Mogliani—. De todos modos, los negocios nocturnos han sido siempre los mejores, ¿no te parece?

—Pues no sé… ¡Yo siempre he trabajado de día! Supongo que es por eso que nunca podré tener una casa como esta.

Ettore Mogliani se echó a reír, y se sentó junto a Monique. Mogliani sentía la fascinación de quien, de pronto, realmente, encuentra en su camino una persona de calidad. De auténtica calidad. Estaba acostumbrado a relacionarse con gente de mucho dinero y de muchas clases, pero Monique Lafrance le estaba abriendo los ojos a unas nuevas posibilidades, al conocimiento de la existencia de personas de las que él ni siquiera tenía idea de que existieran. No sabía valorarla debidamente, pero la intuía, sabía que, por primera vez en su dura vida criminal había encontrado una persona diferente, de auténtica clase. Y eso le tenía fascinado… y desconcertado. Porque una cosa es comprar muñecas para su harén y otra cosa es encontrar una mujer como Monique Lafrance, que aparte de ser más hermosa y elegante que cualquiera de sus muñecas, tenía una conversación, un trato, un sentido del humor y una inteligencia fuera de serie. Mogliani intuía esto perfectamente. La hiena, o el cerdo, pueden comer basuras con satisfacción, pero su olfato no desdeñará nunca un bocado exquisito…

—¿Por qué no? —dijo Mogliani.

—¿Qué? —Le miró ella desconcertada.

—Pregunto que por qué no has de tener nunca una casa como esta.

—Oh, vamos, Ettore —rio Monique—…, ¡qué ocurrencias tienes! Con mi sueldo no podría ni siquiera tener un jefe de servicios. Y ya que hablamos de eso: opino que tienes demasiados criados, pese a que el palacete es muy grande. Tantos criados, tantas chicas…

—Un palacio necesita muchos servidores —murmuró Mogliani —. Me pregunto si te disgustarían tanto si todos estuviesen a tu disposición.

—Oh, yo no necesito criados, Ettore. Y pensándolo bien, tampoco necesito un palacio.

—Sin embargo, yo te lo ofrezco.

Monique Lafrance miró vivamente a Mogliani. Se quedaron mirándose con fijeza. Por fin, ella murmuró:

—¿Qué has querido decir… exactamente?

—Se me ha ocurrido que podríamos cenar aquí mismo. ¿Te parece bien?

—Oh, sí, encantada, desde luego. Pero…

—El mejor modo de tomarle gusto a las cosas es conocerlas bien. ¿No crees?

—Sin duda.

—¿Te gustaría conocer bien este palacio? Monique Lafrance volvió a parpadear.

—Supongo —susurró— que lo que estás tratando de decirme es que me quede aquí…, ya que sería el mejor modo de conocerlo bien… y de tomarle gusto.

—Eso trataba de decir —asintió Mogliani, tomando una mano de Monique.

Esta bajó la mirada hacia la gorda y velluda mano que contrastaba con la suya, tan bella y de apariencia tan delicada. Luego, volvió a mirar los ojos de Mogliani.

—Ettore… ¿no crees… que vas… demasiado deprisa?

Ettore Mogliani se irguió como si acabase de recibir una bofetada, y retiró su mano, soltando la de Monique. Pero ella se echó a reír deliciosamente, y recuperó la mano de él, acariciándola entre las suyas.

—¡Qué tonto eres! —exclamó—. No me refería a esto. No tiene nada de desagradable ni de precipitado que me tomes la mano…, e incluso algo más, Ettore. Lo que yo quería decir es que quizá te precipitas demasiado al hacerme una invitación tan importante. ¡Ni siquiera sabes nada verdaderamente a fondo de mí! Quiero decir que yo podría ser una persona que, en definitiva, resultase poco grata: una persona que te arrepintieses de haber invitado. ¿Me comprendes?

—Te comprendo. Pero sé que eso no es posible. Por otra parte, todo se sabe tarde o temprano… ¿De verdad no te molesta mi contacto?

La pregunta llegó cuando Monique estaba todavía sintiendo el lento y profundo escalofrío. Por supuesto, la reacción de Mogliani era de esperar: querría saber quién era Monique Lafrance, y

posiblemente algunos amigos suyos procederían a investigarla en París, donde, ciertamente, no existía tal Monique Lafrance, ni la revista que ella había mencionado. Eso era de esperar, desde luego, y no podía sorprender ni asustar a Monique. Lo que la escalofrió fue la súbita comprensión de que Ettore Mogliani sentía tanto interés por ella que ya debía de tener a alguien investigando en París la vida y milagros de la señorita Monique Lafrance. Es decir, que en cualquier momento podía sonar el teléfono con la llamada desde París indicando que, por el momento, no parecía existir nadie llamada Monique Lafrance… Así que, aunque ella había pensado que disponía de bastante tiempo para «trabajar» a Ettore Mogliani, no era así…

Mogliani no captó el escalofrío. Solo vio la sonrisa de Monique, y notó su dulce apretón de manos, y oyó su respuesta…

—Claro que no me molesta, Ettore… Ya te he dicho que no me refería a eso. Solo…

—Entonces… ¿aceptas quedarte?

Brigitte Montfort, alias Monique Lafrance, alias *Baby*, bajó dulcemente la mirada, y murmuró, no menos dulcemente:

—Sí, Ettore.

Mogliani la atrajo hacia él, y la besó en los labios. Todo su ser vibró cuando notó aquel contacto suave y tibio, y se estremeció fuertemente cuando los brazos de Monique rodearon su cuello. Fue un beso carente del afán de complacerle que utilizaban sus huríes, más sencillo y más limpio. Ettore Mogliani era un cerdo criminal, desde luego, pero no un cretino total, no una piedra insensible, así que captó perfectamente la diferencia de aquel beso y los otros muchos que él daba y recibía, todos ellos groseros y sucios.

Cuando Monique se apartó de él y se quedó mirándole fijamente a los ojos, Ettore Mogliani tragó saliva para poder murmurar:

—Voy… a encargar la cena. Y ordenaré que mientras cenamos te preparen una habitación. ¿Estás de acuerdo?

Monique Lafrance volvió a acariciar una de sus manazas.

—Claro que sí, Ettore…

Capítulo VIII

La llamada sonó en la puerta de la habitación cuando Monique Lafrance acababa de ponerse el precioso camisón que había encontrado sobre la cama. Miró hacia allí, y su gesto de preocupación se esfumó: ya no tendría que esperar más, ni dar ella el primer paso…, que no habría tenido más remedio que dar si Mogliani se hubiese mostrado menos… ansioso.

Cuando abrió la puerta sonrió al verlo ante ella, ataviado con un elegantísimo pijama negro de seda.

—Ettore…

—Solamente quería saber si estás bien —murmuró él.

—Claro que sí. Todo es maravilloso… Ha sido un día que no olvidaré nunca: los paseos por Roma, el almuerzo, la deliciosa cena… Nunca lo olvidaré, Ettore. Iba a fumar un cigarrillo antes de acostarme. ¿Quieres acompañarme?

Mogliani se pasó la lengua por los labios, y, sin contestar, entró en la habitación. Monique cerró la puerta, y cuando lo miró, vio en los ojos del hombre toda la tormenta del ávido deseo sexual. Mogliani tenía la boca entreabierta, le relucían los ojos…, y le temblaban un poco las manos. ¡Ah, no se puede tener ninguna debilidad…!

—Encenderé uno para ti —dijo Monique—. ¿O prefieres no fumar? Si quieres que charlemos un poco…

Las manos de Mogliani ascendieron lentamente, y se posaron sobre los desnudos hombros de Monique, en los que solo se apoyaban las finas tiras del camisón. Y las tiras del camisón fueron deslizadas hacia el extremo de los hombros, dejaron de sostenerse allí, y se deslizaron por los brazos. El camisón era tan fino que resbaló inmediatamente por la dorada piel de Monique Lafrance, y cayó a sus pies. Ella no dijo nada. Solamente miraba fijamente a Mogliani, quien, a su vez, contemplaba aquellos divinos pechos

altos, turgentes, rematados por los deliciosos pezones sonrosados, de tamaño perfecto, sobresalientes, pero no grandes, no bastos…

Mogliani bajó las manos hasta los pechos, cuyo contacto de seda lo estremeció.

—Eres… eres la mujer más hermosa… que jamás he conocido —jadeó por fin.

Una de sus manos bajó más, deslizándose por el vientre plano y terso, y llegó a la parte inferior. Al sentirse tocada allí, Monique se estremeció ligeramente.

—¿Te molesta? —susurró Mogliani.

Ella movió negativamente la cabeza, alzó sus manos, y comenzó a desabotonar el pijama de él.

Mogliani tuvo que dejar de acariciarla para permitir que la chaqueta del pijama cayese al suelo. Luego, ella hizo lo mismo con los pantalones. Acto seguido, lo tomó de una mano, salieron ambos del suave cerco de sus ropas rodeando sus pies, y se encaminaron hacia el gran lecho. Mogliani se detuvo, abrazó a Monique, y buscó su boca, pero ella se apartó suavemente, sonriendo con una dulzura enloquecedora.

—Espera —susurró—… Déjame hacer las cosas a mi manera, ¿quieres? Tiéndete en la cama.

Como alucinado, Mogliani obedeció.

Tendió su gran mole en la cama, quedando boca arriba. Monique fue a donde estaba su maletín, sacó de él el cepillo para el cabello, y se acercó a la cama. Se quedó mirando, siempre con dulce sonrisa, a Mogliani, cuya manifestación de virilidad era por demás visible, enorme. Monique subió a la cama, y se sentó sobre el vientre de él, que se estremeció, y, enseguida, buscó la postura para encontrar el camino de su virilidad ansiosa. Monique colaboró, de modo que Ettore se encontró pronto en la entrada de su ansiado objetivo…

—Bájate —jadeó—… Baja el vientre, para que todo…

—Espera —sonrió ella—… Me gustaría aclarar antes algo contigo, Ettore.

—Sí, sí… Pero bájate, y podremos hablar estando ya unidos completamente…

Monique alzó el cepillo, y lo pasó por su lustrosa cabellera negra suavemente ondulada…, pero no descendió para complacer el deseo

de penetración total de Ettore Mogliani, sino que mantuvo a este en la puerta, temblando de deseos…

—Ettore —preguntó dulcemente—: ¿a quién le vendiste el cheque de tu cuenta secreta de un banco suizo por un millón de dólares?

Mogliani lanzó una exclamación, sus ojos se abrieron mucho, y sus manos, que habían asido las caderas de Monique para obligarla a descender completamente sobre su virilidad, se crisparon en la tersa carne.

—¿Qué dices…? —barbotó.

—El cheque de un millón de dólares, Ettore, querido. ¿A quién se lo vendiste?

—¿Cómo sabes tú…?

Lanzando esta exclamación, Mogliani inició el movimiento para incorporarse, perdiendo así incluso el breve contacto inicial con la delicia de la mujer; pero no llegó a alzar la cabeza más de un par de pulgadas, porque se oyó un leve chasquido, algo relució, el cepillo para el cabello descendió rápidamente…, y Ettore Mogliani se encontró con el frío y punzante contacto del estilete de acero en su garganta.

—No te muevas —susurró Monique—. Ni alces la voz. Solo quiero que contestes mi pregunta: solo eso, Ettore. Y voy a ser sincera contigo: si no contestas antes de tres segundos, te voy a matar. ¿Lo entiendes bien…, amor?

Mogliani tragó saliva, y al hacerlo notó la presión de la aguda punta del estilete. Se pasó la lengua por los labios.

—No sé… a qué cheque… te refieres…

—Lo sabes. Pero te lo explicaré brevemente… En Estados Unidos circuló, por unos días, un cheque contra un banco suizo, cuyo importe era exactamente de un millón de dólares. Ese cheque estuvo en mis manos unos minutos, pero a mí me bastaron solo unos segundos, una mirada al número de la cuenta, para memorizarla. Agotadas una serie de posibilidades que podían arrojar luz sobre cierto asunto, recordé el número de la cuenta del cheque. Podía ser una pista. De modo que recurrí a ciertos amigos míos en Europa para que investigasen quién era el titular de esa cuenta-clave en el banco suizo en cuestión… La respuesta tardó muy poco en llegar, porque mis amigos tienen muchos y poderosos

recursos…, incluso para llegar hasta las más secretas cuentas de cualquier banco suizo. Me enviaron la información: «la cuenta está a nombre de un tal Ettore Mogliani». Entonces, yo envié un mensaje a mi vez: «salgo para París, y en cuanto llegue quiero saberlo todo sobre Ettore Mogliani». Cuando llegué a París, dos amigos me estaban esperando en Orly, y me dijeron todo cuanto podía decirse sobre Ettore Mogliani. Por lo tanto, tomé un avión a Roma, sabiendo que iba a enfrentarme a un criminal de escasa categoría pero de muchos recursos y negocios. Supongo que no hace falta que te hable de tus negocios, que debes de conocer mejor que nadie. Así que hablemos del cheque que me dio la pista para traerme junto a ti. ¿A quién se lo vendiste, Ettore? Y no me digas que, simplemente, lo utilizaste. No, no, no. He tenido tiempo para pensar, y sé lo que ocurrió: alguien vino a verte, te pidió un cheque por un millón de dólares, y te pagó, en efectivo, una cantidad mayor. Ese es uno de tus negocios, supongo: facilitar cheques a gente que tiene determinados negocios y no puede viajar con grandes cantidades encima. ¿De acuerdo? ¿Es así, Ettore?

—Sí… Sí, sí… Yo vendí ese cheque, es cierto… Me dieron por él un millón doscientos cincuenta mil dólares… Era un buen negocio, y… y lo hice. Extendí el cheque, cobré el millón y cuarto, y eso es todo… ¡No sé nada más!

—Ya sé que no fuiste informado del destino que se le iba a dar al cheque. Y sé que no tienes nada que ver con lo que sucedió en Estados Unidos…, ya que no tienes categoría para una acción como la que me está ocupando a mí. Vendiste el cheque, y eso es todo, de acuerdo. Pero… ¿a quién se lo vendiste?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—¡No, no lo sé…!

—Baja la voz. ¿Estás diciéndome que vendiste el cheque a un desconocido?

—Sí… Aquel hombre vino a verme, me dio unos vagos informes sobre su conocimiento de mis negocios, mencionó veladamente importantes contactos míos, me hizo la oferta, y me… me sugirió que no sería conveniente para mis negocios que me negase a la venta. No me dijo su nombre, y yo no lo conocía. Jamás lo había visto. Me asusté un poco, pero él dijo que si le entregaba el cheque

no tendría nada que temer. ¡No sé nada más!

—¿Era ruso?

—¿Ruso? ¿Quién? ¿Aquel hombre? No… No lo creo… No lo sé. ¡No lo sé!

Monique Lafrance se quedó mirando fijamente a Ettore Mogliani. Luego, lanzó un suspiro de desaliento, de decepción, porque sabía que Ettore Mogliani estaba diciendo la verdad. Una verdad que, por cierto, ella había temido, de nuevo todo quedaba sumido en la oscuridad total.

¿Habían sido los rusos quienes habían comprado aquel cheque a Mogliani? Evidentemente, sí.

Pero ¿de qué le servía a ella saber o sospechar esto?

—¿Quién eres tú? —susurró Mogliani, de pronto. Monique parpadeó.

—Mi nombre verdadero es Brigitte Montfort, pero en las esferas del espionaje se me conoce con el nombre de *Baby*. Suelo trabajar con la CIA.

Mogliani lanzó una exclamación, mientras reaccionaba violentamente, comenzando a mover su poderoso cuerpo y lanzando sus manos hacia los brazos de Monique Lafrance… Esta se limitó a hacer un solo movimiento: un movimiento hacia adelante y abajo con su mano derecha. El estilete se hundió con escalofriante suavidad en la garganta de Ettore Mogliani, hasta el fondo. De la boca del italiano brotó un ronco gemido, un estertor fuerte y tremolante, mientras sus ojos se desorbitaban, y todo su cuerpo parecía sacudido por una descarga eléctrica. Luego quedó súbitamente inerte, con los ojos abiertos, llenos de pavor.

Eso fue todo.

Todavía sin retirar el estilete de la garganta del recién ejecutado personaje Monique Lafrance murmuró:

—Tengo entendido que así mueren todos los cerdos: degollados. Y así ha llegado la hora final de tus muchos crímenes, Ettore. Tu carrera criminal ha terminado. Y ciertamente, me alegro.

Retiró el estilete, lo limpió en la ropa de la cama con exquisito cuidado, y lo ocultó en el interior del cepillo. Saltó de sobre el vientre de Ettore, y miró con no poca sorpresa el insólito espectáculo de una virilidad indomable.

—Zambomba —exclamó—… ¡qué hombre más tenaz! ¡Ni

siquiera muerto se calma!

Guardó el cepillo para el cabello, sacó la radio de bolsillo del maletín, y apretó el botón de llamada.

—¿Simón? —susurró.

—Sí, diga. ¿Ocurre algo que…?

—Tranquilícese. Solo se trata de que voy a salir de aquí, y quería asegurarme de que ustedes están preparados para ayudarme en caso necesario.

—¡Por supuesto que estamos preparados! Pero escuche, *Baby*: si la cosa está demasiado difícil, sería mejor que usted se hiciese fuerte en algún lugar de la casa, nosotros entramos y…

—No, no, no… Espero conseguir las cosas con mucha más facilidad, Simón. Por el momento, preparen un coche y estén listos para recogerme en la salida del recinto y salir disparados… ¿De acuerdo?

—Pero ¿cómo piensa…?

—¿Me ha comprendido o no?

—Sí, pero…

—Pues eso es todo.

Cerró la radio, la guardó en el maletín, y sacó del fondo de este la pistolita de cachas de madreperla. Luego, todavía desnuda, se limitó a recoger sus ropas, colocándolas sobre su brazo derecho de cualquier manera, pero ocultando con ellas la pistolita, que empuñó firmemente. Dirigió una mirada a los zapatos, colocados cerca de la cama, pero los desechó; en las manos solo le servirían de molestia, y si tenía que correr, lo haría mejor descalza que sobre tacones altos.

Echó un último vistazo a Ettore Mogliani, que parecía dormido, todavía con la insólita demostración de su incansable virilidad apuntando hacia el techo.

—Chocante —susurró—… ¡En verdad chocante!

Fue a la puerta, la abrió con la mano izquierda, y salió al pasillo. No había nadie allí. Recorrió el pasillo hasta el principio del ancho tramo de escalones de mármol que conducían a la planta baja, al enorme vestíbulo. Se asomó para mirar hacia este. Tampoco allí se veía a nadie.

Inició el descenso, sin prisas, pero decididamente, y, por supuesto, sin hacer el menor ruido. Llegó abajo, se detuvo para escuchar unos segundos con su finísimo oído…, y en ese momento

se abrió una de las hojas de la puerta doble del salón de la derecha, y apareció un hombre de Mogliani, en pijama, sosteniendo un libro en las manos.

El hombre captó de pronto la presencia de la especial invitada de su patrón, alzó la cabeza, y se quedó mirándola, estupefacto. Hubo un parpadeo en sus ojos, luego una súbita expresión de alarma, y su boca comenzó a abrirse…

Plof, chascó la pistolita de Monique Lafrance.

Una diminuta llamarada apareció por entre la ropa, brotó una delgada raya de humo, y la bala salió, alcanzando al hombre en el centro de la frente y derribándolo de espaldas dentro del salón. El libro salió despedido hacia el techo, y cayó en la entrada del salón, con seco chasquido.

Eso fue todo.

Monique se dirigió hacia la puerta, sin más consideraciones. La abrió, aspiró hondo, y tiró de ella. Acto seguido, salió del palacete a toda prisa, sin hacer nada por ocultar su presencia…, por la sencilla razón de que sabía que no lo habría conseguido de ninguna manera.

Y en efecto, apenas había dado unos cuantos pasos precipitados cuando un hombre apareció de entre los arbustos del jardín, y se acercó presurosamente a ella, empuñando ya una pistola, pero visiblemente desconcertado.

Monique no le dio tiempo a decir nada.

—¡Apártese! —ordenó con furiosa altivez—. ¡Apártese de mi camino, asqueroso! ¡Debe de ser usted tan asqueroso como su amo…!

—¿De qué está hablando? —Gruñó el hombre—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —exclamó ella—. ¡Pregúnteselo usted al cerdo que me está produciendo todavía náuseas! Me he negado a hacer lo que me ha pedido, y entonces me ha echado fuera de la casa… ¡sin permitirme que me vista! ¡Todavía debe de estar riéndose en el dormitorio, el muy… el muy asqueroso…!

—¿El señor Mogliani la ha despedido? —Sonrió el hombre.

—¡A mí no me despide nadie! ¡Me voy por mi voluntad, porque no quiero hacer… esas porquerías! ¡Puercos!

—Bueno, bueno, cálmese —rio ahora el hombre—. No hay para tanto. Será mejor que vuelva a…

—¡No pienso volver a ningún sitio! Además, ¿cómo he de decirle

que él me ha echado? ¡Y desde luego que no pienso permanecer en esta pocilga ni un segundo más! ¡Le digo que se aparte!

Empujó al hombre, en el momento en que llegaban dos más, igualmente pistola en mano y preguntando qué ocurría. El primer hombre en aparecer ante Monique emitió una risita.

—El patrón le ha pedido algo especial, y como ella se ha negado a complacerle, le ha dado la patada… ¡en plena noche y desnudita!

—Vaya, ¿qué te parece? —rio otro de los hombres—. ¡En ese caso, podríamos aprovecharla nosotros! La noche se hace muy larga y aburrida vigilando por el jardín…

Diciendo esto, acercó la mano izquierda a las nalgas de Monique y apretó groseramente. Monique lanzó una exclamación, retrocedió, y se encontró en los brazos del otro, que comenzó a manosearle los pechos tras guardarse rápidamente la pistola.

—Vamos, vamos, encanto, no te pongas arisca.

—¡Canallas! —Gimió magistralmente Monique—. ¡Canallas, cobardes…!

Profirió un sollozo, empujó a los dos hombres como pudo, y echó a correr hacia las verjas que cerraban los jardines del palacete.

Uno de los recién llegados se dispuso a correr tras ella, pero el primero dijo:

—Déjala. No podrá salir, porque Gino la retendrá en la entrada hasta ver qué pasa. Mientras tanto, vamos a preguntarle al patrón si la dejamos marchar o no.

Entraron en la casa, desentendiéndose de la preciosa muchacha que corría hacia las verjas. Lo primero que vieron fue el libro caído en el suelo. Cambiaron una mirada de extrañeza. Luego, uno de ellos sonrió.

—Ese idiota de Helmut… Seguro que ha cogido un montón de libros, y se le ha caído uno…

Mientras decía esto, caminaba hacia el libro. Llegó ante él, se inclinó a recogerlo…, y entonces vio los pies de su compañero, en el umbral del salón-biblioteca…

Justo en ese momento, el hombre encargado de las verjas aparecía delante de Monique, interponiéndose entre ella y la salida. En su rostro destacaba la expresión de gran sorpresa al ver a la bella muchacha desnuda y con las ropas en la mano.

—¿Adónde va usted así? —exclamó—. ¿Qué…? Plof.

El hombre lanzó un alarido, giró, se dio de cara contra las verjas, y rebotó, cayendo de espaldas, todavía en sus ojos el reflejo del brevísimo y diminuto fogonazo entre las ropas de Monique. Esta se acercó a las verjas, probó a abrirlas, y lanzó una exclamación de disgusto al encontrarlas cerradas. Se volvió a mirar hacia el hombre, dispuesta a acercarse a él para quitarle las llaves, pero, en aquel momento, se encendían algunas luces, y las voces de los hombres que habían entrado en la casa sonaron distantes, excitadas.

No había tiempo para buscar llave alguna, así que Monique Lafrance metió sus ropas, el maletín y la pistolita por entre dos barrotes, y lo dejó caer todo fuera. Luego, a toda prisa, se encaramó por las verjas, con toda facilidad. Estaba en la parte de arriba cuando los gritos se oyeron con más claridad y más cerca. Un fogonazo indicó la posición de un silencioso disparo, y la bala crujió con fuerte sonido por encima de la cabeza de Monique. Esta se agarró a las puntas de lanzas, dejó colgar el cuerpo, y tras quedar un instante colgada, se dejó caer al suelo…

En alguna parte, sonó el rugido de un motor.

Monique recogió las ropas y la pistolita, se irguió, corrió unos pasos, y un coche apareció, abierta ya la portezuela derecha de atrás. Monique saltó al interior del vehículo, chocando fuertemente con Simón-Roma, mientras el agente de la CIA que conducía el coche, todavía atónito, daba todo el gas, sin preocuparse por el hecho de que la portezuela continuase abierta… Algo rebotó fuertemente en alguna parte del coche, y enseguida sonaron dos impactos más. Solo eso, porque el coche desapareció velozmente de las proximidades del palacete de Ettore Mogliani.

Y Monique Lafrance, todavía abrazada a Simón-Roma, lo miró con tensa sonrisa, y exclamó:

—¡Hola! Nos conocemos de algo, ¿verdad?

Simón-Roma, que no salía de su asombro, reaccionó cuando Monique se desprendió de sus brazos, se sentó a su lado, y comenzó a examinar el vestido; examen que terminó con un gesto de disgusto.

—Bueno, supongo que no tendré más remedio que utilizarlo, de momento. Por lo menos, el tiempo que necesito para ir al hotel, recoger mis cosas, pagar la cuenta, y marcharme. Espero que alguno de ustedes pueda facilitarme alojamiento hasta que me consigan un

billete de avión… No me parecería prudente permanecer en mi hotel después de lo que ha ocurrido ahí dentro.

—¿Y qué es lo que ha ocurrido? —consiguió preguntar por fin Simón-Roma.

Tras asegurarse de que no quedaban quemaduras vivas en el vestido, Monique procedió a vestirse y a explicar a Simón-Roma lo sucedido en el palacete. Y terminó con estas palabras:

—Lo que significa que el microfilme seguramente ni siquiera ha pasado por Roma, y que jamás tendremos la oportunidad de recuperarlo. No solo todo está perdido irremisiblemente, sino que yo diría que con este gran fracaso podemos cerrar este asunto. Ya no creo que pueda ocurrir nada más.

—Mala suerte —murmuró Simón—… Bueno, me temo que todavía tengo una noticia que debe de ser mala para usted. Llegó no hace mucho a la *station*, procedente de la Central, directamente de nuestro jefe de Grupo.

Monique miró vivamente al espía. ¿Un mensaje de Mr. Cavanagh? ¿Significaba eso que todavía…?

—¿Cuál es esa noticia?

—Se nos indicó que la informásemos cuanto antes de que el senador Starwell ha fallecido en un accidente de automóvil. Parece ser que perdió la dirección del coche, y se estrelló contra un camión enorme. Murió en el acto.

Monique Lafrance, que ya vestida estaba encendiendo un cigarrillo, miró de nuevo vivamente a Simón-Roma. En los ojos de la espía hubo un destello que impresionó a Simón. Pero ella no dijo nada. Tras mirarlo unos segundos, se dedicó a fumar, con gestos pausados y tranquilos, como indiferentes.

Pero Monique Lafrance, es decir, la agente *Baby*, se sentía cualquier cosa menos indiferente. ¿El senador Starwell, el hombre que había convencido al experto en la bomba de neutrones Robert James Dogherty para que fuese a la fiesta de Marion Chapman, había fallecido… en un accidente de automóvil?

Muy bien: el asunto estaba resuelto… ¡por fin!

Capítulo IX

Karina Kitcharian, joven y encantadora agente de la MVD prácticamente recién salida de la escuela de espionaje ruso de Kichino, estaba convencida de que todo era un sueño. Sí, debía de estar soñando. Eso era: estaba soñando.

Estaba soñando que, de pronto, la habían sacado de su… «alojamiento» en la Central de la CIA, la habían metido en un helicóptero, y la habían llevado al aeropuerto de Nueva York, donde se le habían devuelto todas sus cosas, empezando por el pasaporte a nombre de Susan Palmer; también le habían dado algo de dinero, además de un pasaje en avión a París. Avión que muy pronto saldría, que muy pronto despegaría del aeropuerto Kennedy…

En pocas palabras: la dejaban en libertad y le pagaban los gastos de regreso a Rusia.

O sea, que pese a estar esperando su vuelo en una de las confortables butacas de la sala de espera del aeropuerto, Karina Kitcharian solo podía llegar a esta conclusión: estaba soñando.

Y punto.

—¿Qué tal? —Oyó junto a ella—. ¿Todo va bien?

Karina Kitcharian, es decir, de nuevo Susan Palmer oficialmente, desvió la mirada hacia la persona que la había interpelado, y un gesto de asombro apareció en su rostro, al ver a la aristocrática anciana vestida completamente de negro que la contemplaba a través de los redondos cristales de sus gafas. Era una dama encantadora, de blancos cabellos, mirada amable y chispeante, que permanecía ahora ante ella apoyándose en un elegante bastón con empuñadura de plata.

—Perdone —murmuró Susan Palmer—… Perdone, señora, pero no sé…

La anciana se sentó junto a ella en otra butaca, siempre

mirándola afablemente.

—Ya sé que no me conoce, y que por tanto, no puede estar segura de qué le estoy hablando. ¿Se centrará mejor en la conversación si le digo que soy la agente *Baby*, de la CIA?

La boca de Karina Kitcharian se abrió inconteniblemente en un gesto de pasmo, y, también, inevitablemente, de súbito temor, que sus ojos expresaron con toda claridad. Pero la anciana sonrió de nuevo, y le dio unas palmaditas en una rodilla.

—Tranquilícese, jovencita, no estoy aquí para perjudicarla. Por el contrario, y aunque no me gusta alardear de mis buenas acciones, debo informarle de que está usted en libertad gracias a mí. Yo di la orden en la Central de la CIA.

—¿Usted dio… la orden…?

—Naturalmente. De cuando en cuando me permiten dar órdenes en la Casa. Bueno… ¿qué tal? ¿La han tratado bien?

Karina Kitcharian tragó saliva. Claro, aquello era todo un sueño, pero no tenía más remedio que seguir con él.

—Bueno —murmuró—… Sí, en general, sí.

—Entiendo. Como es lógico, habrá pasado usted malos ratos, pero espero de su comprensión que nos disculpe. Admita usted, hijita, que eso de venir a Estados Unidos a robarnos la bomba de neutrones no es precisamente una tontería.

—¿La… la bomba de…?

—Ya, ya, ya sé que usted no sabía qué tenía que recoger aquí, y por eso la informo de ello, con la esperanza de que si ha recibido algún que otro mal trato, se haga cargo de que el asunto no era para menos. Pero, vamos, por lo que veo, está usted entera, no parece haber sufrido demasiado, y, ¡zambomba!, vuelve usted sana y salva a casa. ¿Qué más se puede pedir?

—Sí… Claro. Bueno, yo…

—Tengo una carta —la anciana sacó un sobre de alguna parte de sus ropas, y lo mostró a la espía rusa— que le agradecería mucho que entregase usted directa y personalmente en el Directorio de la MVD en Moscú. ¿Puedo contar con ello?

—Sí… ¡Claro que sí!

—Muchas gracias, querida. —La anciana entregó la carta a Karina Kitcharian—… Tenga mucho cuidado con ella, por favor. Aunque está escrita en ruso, si alguien se hiciese con ella se

enteraría de muchas cosas en cuanto consiguiese una traducción. Espero que sepa usted esconderla adecuadamente.

—Sí…, lo haré, esté segura de ello.

—Espléndido. Ah, una cosa: puede usted leer la carta si lo desea, desde luego. Es más: le aconsejo que lo haga. Pero no ahora, sino cuando esté en el avión, por ejemplo.

—Así lo haré.

—Estupendo, estupendo. ¿Necesita algo? ¡Qué sé yo…!: revistas, dinero, cigarrillos… Aunque espero que mis Simones la hayan abastecido de todo, siguiendo mis instrucciones.

—Sí, tengo… tengo todo lo que necesito, gracias. ¿De verdad… puedo volver a Rusia?

—¡Claro que de verdad, jovencita! ¿Para qué la queremos aquí? Solo ocasionaría gastos y preocupaciones. Ah, no, nada de eso: que sea la MVD la que atienda sus gastos, y la que se preocupe por usted. Aunque, realmente, si yo fuese usted, después de este asunto presentaría mi dimisión.

—¿A qué se refiere?

—Lea, lea usted la carta. ¿Sabe, Karina?: es usted muy bonita. Y muy joven. Claro está que no soy la persona más indicada para darle esta clase de consejo, después de tantos años de dedicarme al espionaje, pero, de veras: si yo fuese usted, lo dejaría. Puede estar segura de que volverán a hacer lo mismo con usted, y con quien sea. Al principio, se queda uno tan desconcertado que, como un autómata, sigue adelante. Pero a medida que van pasando los años, y va viendo la gran cantidad de… mierda (con perdón) que se utiliza en nuestro trabajo, va sintiendo una la sensación amarga cada vez más intensa de no ser nada, salvo algo así como… carne para la muerte. Y para soportar esa idea y no vivir amargado al máximo, créame, hay que tener un carácter muy sólido y una mente muy fría y lúcida. ¿Me comprende?

—Me temo que no.

—Me comprenderá cuando haya leído la carta. Bien, puesto que no necesita nada, y ya tiene la carta, creo que no debo distraerla más, no vaya a ser que anuncien su vuelo y estando aquí de charla no lo oigamos y pierda usted el avión. Así que, ¡adiós, jovencita! Le deseo sinceramente un feliz viaje de retorno.

Karina Kitcharian quiso decir algo, pero no solo la anciana se

había puesto en pie y comenzaba a alejarse, sino que, precisamente en aquel momento los altavoces difundían el aviso de la inminencia del vuelo de la espía que regresaba… sana y salva.

Karina Kitcharian se olvidó de la anciana, para ocuparse de lo que realmente importaba: tomar aquel avión. Pero, más tarde, cuando estaba ya volando sobre el Atlántico, y leyó la carta que debía entregar en Moscú, Karina Kitcharian tuvo forzosamente que acordarse de la aristocrática anciana que había dicho ser nada más y nada menos que la agente *Baby*.

La carta, dirigida al Directorio de la MVD, decía así:

A mis colegas de la MVD.

Lean con atención este cuento, porque va a gustarles mucho. Veamos, atención… Érase una vez un país que quería tener la bomba de otro, pero no había modo de conseguirla, porque no encontraban ningún traidor relacionado con la bomba que quisiera vender información, pese a las fabulosas ofertas. Entonces, el país que quería la bomba del otro, tuvo una genial idea, y, tras estudiarla a fondo, la puso en práctica. «Ya que no podemos tener la bomba de neutrones —se dijeron—, al menos les haremos creer a los americanos que sí la tenemos».

De modo que enviaron a Estados Unidos a una jovencita recién salida de Kichino (que es una escuela donde se aprenden cosas muy malas), y, en cuanto la jovencita se disponía a entrar en Estados Unidos, la delataron. Sí, sí, por increíble que parezca el plan estaba montado de ese modo: delatar a Karina Kitcharian. De este modo, la CIA sabría que ella venía a América a buscar algo muy importante resumido en un microfilme. Y, tal como ustedes esperaban, la agente Baby ocupó el lugar de su agente Karina. A partir de ese momento todo el mecanismo comenzó a funcionar a la perfección, hasta que llegó el momento en que la agente Baby, tras localizar a Ettore Mogliani, tuvo que admitir que había sido derrotada, y que la bomba de neutrones ya estaba en

conocimiento de Rusia.

Pero esto no es cierto, ni mucho menos. Y les diré cómo he llegado a esta sorprendente conclusión. Yo debía ocupar el lugar de Karina para servir de pieza de convencimiento, pero finalmente algunas cosas comenzaron a darme mucho que pensar, y llegué a la cúspide cuando me enteré de que el senador Starwell había fallecido en un accidente de automóvil al estrellarse contra un camión…, que luego resultó que había sido robado con su carga incluida, y que los ladrones, tras el accidente, abandonaron y se dieron a la fuga. En realidad, el senador Starwell fue asesinado utilizando, en efecto, un camión robado.

Pero… ¿por qué fue asesinado de modo tan magistral el senador Starwell? Pues, sencillamente, porque él sabía la verdad: sabía que la bomba de neutrones seguía siendo un secreto para ustedes; y lo sabía muy bien, ya que él había sido encargado por ustedes de comprarla en Estados Unidos a quien fuese y como fuese, Cosa que el senador Starwell no consiguió. Nadie parecía dispuesto al negocio de la traición…, que el senador Starwell venía ya practicando hacía tiempo, puesto al servicio de ustedes a cambio de dinero… Pero no todos estaban dispuestos a ser traidores, así que nadie quiso vender secretos de la bomba. Starwell, sin delatarse abiertamente comprendió esto de un modo definitivo, y les informó de su fracaso. Y fue entonces cuando ustedes pusieron en marcha el plan, en el que todo lo que Starwelll debía conseguir era que alguien importante relacionado con la bomba de neutrones, se les pusiera a tiro.

El elegido fue Robert James Dogherty. Todos sabemos cómo se fueron desarrollando las cosas hasta que Dogherty entregó el microfilme. Solo que el hombre que me entregó a mí un microfilme no era Dogherty, sino cualquier agente de ustedes que se hizo pasar por él utilizando un coche como el de Dogherty, pero tapando la matrícula con barro. Luego, fueron

a la quinta donde se celebraba la fiesta a la que Starwell había convencido a Dogherty para que acudiese. Con alguna añagaza importante consiguieron que Dogherty saliese de la casa y fuese a donde estaba su coche. Allí, fue asesinado. Acto seguido se procedió a dejar unos rastros de barro en la placa de la matrícula, y a colocar en el asiento el emisor de señales que yo había colocado en el otro coche, y que, ya previsto por ustedes, fue localizado y retirado de tal coche para ponerlo en el de Dogherty, del mismo modo que pusieron la pequeña linterna y los guantes. Perfecto. Así las cosas, la conclusión no podía ser más sencilla y clara: Dogherty había vendido el secreto de la bomba de neutrones, y luego, al complicarse las cosas, fue silenciado de unos cuantos balazos.

Todo falso.

Dogherty no vendió ningún secreto de la bomba de neutrones, Ni él ni nadie. Pero con todo este tinglado, Estados Unidos creería que Rusia disponía ya de esa información, y, así las cosas, ustedes podían tomar una postura más firme en su enfrentamiento actual o futuro. Felicidades, enhorabuena, la idea era genial.

Pero les ha fallado, porque yo he descubierto la verdad, la sucia verdad en la que incluso mi fuga de la casita de Bay Shore estaba preparada meticulosamente, a fin de que informase que un «comprador» de ustedes (un experto) había examinado el microfilme y había asegurado que se trataba de la bomba de neutrones. Falso, falso... Era un microfilme cualquiera, sin importancia alguna. Pero había que hacer creer a los americanos que era el que contenía los secretos de la fabricación de la bomba de neutrones. Falso, falso... Ustedes no tienen, al menos por ahora, la bomba en cuestión. No la tienen aunque para ello hayan sacrificado a su agente Igor Vanikian, a su agente Sergei Uruzov, a su agente Karina Kitcharian, a su asalariado el senador Starwell. Sacrificios bien meditados y planeados a plena conciencia, todo para que

la CIA llegase a la conclusión que les interesaba. Pero ni esos sacrificios, ni el riesgo a que sometieron a Ettore Mogliani (el cual, naturalmente, no les importaba en absoluto), ni los asesinatos del senador Starwell y de Robert James Dogherty les han servido de nada. Han sacrificado vidas por neutrones inexistentes para ustedes. Su plan era perfecto, pero cometieron el error de eliminar a Starwell. Fue entonces cuando comprendí; Starwell había conseguido lo que muy pocos: que Dogherty fuese a una fiesta. Y total, ¿para qué?, me pregunté.

Cuando deduje que lo atrajo a la fiesta para que todo el plan pudiera ser puesto en marcha, lo comprendí todo.

O sea, que ustedes no tienen la bomba. Lo que sí tienen es mi severa repulsa por haber puesto en marcha ese maquiavélico e implacable plan de cambiar vidas por neutrones.

Atentamente,

BABY

P. D. Les devuelvo a la joven Karina. Si tanto les molesta que esté viva, elimínenla ustedes mismos.

Las manos de Karina Kitcharian estaban temblando cuando la joven espía terminó la lectura de la carta, efectivamente escrita en ruso. Luego, la guardó con todo cuidado en el sobre, escondió este en su equipaje de mano, y volvió la cabeza hacia la ventanilla, para mirar al exterior, hacia el cielo resplandeciente de sol. Tan resplandeciente, que Karina tuvo que parpadear.

Fue entonces cuando, por fin, las lágrimas se desprendieron de sus ojos y rodaron, reflejando rayos de sol, por sus pálidas mejillas.

Este es el final

Justo en aquel momento, el helicóptero descendía en la terrazahelipuerto del Crystal Building, el hermoso y lujoso edificio sito en la Quinta Avenida neoyorquina, donde la señorita Brigitte Montfort tenía su apartamento, en el piso veintisiete.

Las aspas del aparato dejaron de girar, y entonces la señorita Montfort, ya aliviada de su disfraz de ancianita adorable y encantadora, y con su aspecto normal, bellísima, maravillosos sus ojos color del refulgente cielo, se volvió a mirar al hombre que había volado con ella en el asiento de atrás.

—Gracias por el vuelo, señor —sonrió—… Y hasta otra.

—Espere un momento —murmuró Mr. Cavanagh—… ¿Puede?

Brigitte miró con afecto a su jefe, excompañero del Grupo de Acción, que ahora dirigía magníficamente.

—Naturalmente que puedo —asintió—. ¿Algo no va bien, Simón?

Cavanagh sonrió al oírse llamar así. Y también, aunque más discretamente, sonrió el Simón que pilotaba el aparato.

—Yo diría que todo va bien… Incluso, en el fondo, me alegro de que nos haya convencido a todos para dejar marchar a Karina Kitcharian.

—Es un modo como otro de saber con seguridad que mi carta llegará a la MVD.

—En eso estaba pensando precisamente —murmuró Cavanagh—… ¿Y si no fuese cierto?

—Si no fuese cierto… ¿el qué? ¿A qué se refiere?

—A su carta. Usted no puede estar segura de que las cosas son como afirma tan categóricamente en esa carta. Cabe la posibilidad de que, en efecto, los rusos hayan conseguido el microfilme debido a que Dogherty, en efecto, fue un traidor que vendió la información. ¿Por qué no fue así, vamos a ver?

—Les está usted siguiendo el juego a los rusos —le advirtió Brigitte— al creer que ya tienen la información sobre la bomba. Yo le digo que no la tienen. Pero si usted, y otros señores, prefieren creer que la tienen, allá ustedes.

—Quizá la tengan, ¿no? —Insistió Cavanagh—. ¡Quizá la tengan!

Brigitte Montfort saltó del helicóptero, recogió su maletín, y miró sonriente a su jefe, excompañero, y querido amigo, diciendo:

—Quizás.

FIN

Notas

[4] Véase la aventura titulada *La Escuela de la Muerte*. <<